

Trágica atracción

The poster features a collage of actors. At the top right is a large portrait of a woman with blonde hair and a headband. Below her, on the right, is a woman with blonde hair in a dark dress. In the center, a man in a white shirt and dark cap looks down at a woman lying down. To the left, a man in a white shirt and dark cap looks towards the center. The background is a vibrant red with white silhouettes of a man and a woman in dynamic poses. The entire poster is framed by a blue border.

HARRY BAUR
ALICE FIELD
PIERRE BLANCHAR

EDICIONES
BIBLIOTECA FILM



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Esparda Corres 797 - Telef. 70657 - Barcelona

AGENTES DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Berberí, 16 - Barcelona

EDITORIAL

AFIS

Publicación semanal

Año IX

Núm. 154

TRÁGICA ATRACCIÓN

«TRÁGICA ATRACCIÓN» es un himno al triunfo de la juventud, un canto de amor que vence todos los obstáculos, el ideal verdadero para el cual la miseria y las privaciones son como un escote más para que la pasión sea más fuerte y el amor más noble y desinteresado.

Creación del eminente actor

HARRY BAUR

EXCLUSIVAS

HUET

Paseo de Gracia, núm. 66 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Vautier	HARRY BAUD
Juan Trujau	Pierre Blanchat
Elena Laurent	Alice Field
Señora Laurent	Cristiane Dor

Basada en la obra de
FERNAND NOZIERE

Dirección de
ANATOLE LITWACK

— NARRACIÓN DEL FILM POR —
MANUEL NIETO GALAN

TRÁGICA ATRACCIÓN

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

ELENA Y JUAN

En las afueras de París, aglomerábanse las barracas de ferias, en las cuales podían admirarse los tipos más raros del verdadero pueblo parisino. Diseminada en la gran explanada estaba la barraca de la lotería; un poco más allá, el tiro al blanco; a su lado, el pequeño circo ambulante, en el que unos desgraciados pretendían insistentemente llamar la atención de los curiosos, y así, por uno y otro lado, iban extendiéndose los pequeños puestos, donde, si no el hampa, el barrio bajo parisino tenía una fuerte representación.

En medio de aquella algarabía, en aquel ambiente tan poco propicio para los grandes sentimientos, había nacido como una flor en medio de un barrizal, los amores de Elena y de Juan.

Ella era una muchacha bonita a más no poder que vivía con su madre, gracias a los ingresos que conseguían con su puesto de tiro al blanco y él con el escaso sueldo que tenía como trapeartista en el circo.

Elena Laurent era el prototipo de la muchacha parisina de los barrios bajos, su lenguaje poseía ese argot tan característico en los de su clase y hubiera defendido el amor de Juan

a dentelladas, si alguien hubiera pretendido robárselo.

El por su parte poseía una extraña simpatía que lo hacía ser un tipo interesante, tenía un don especial que incitaba a su amistad y más de una mujer de las que ambulaban por allí hubiera deseado que Juan se hubiese fijado en ella.

Juan Trajean era, a pesar de la insignificancia del circo en el que actuaba, un artista admirable. Su arrojo en el trapecio le hubiera valido triunfos enormes de haber tenido la ocasión de actuar en otro elemento más distinguido, pero falto de medios se había tenido que contentar con aquella ocupación en la que tenía por compañero inseparable al gracioso Jaime, uno de esos tipos que suelen tomar la vida en broma y para quienes el amor es una palabra que no existe en el diccionario de su existencia.

Era el momento de mayor animación de público y por todas partes se oían los gritos de los dueños de los puestos, mezclados con las invitaciones del

—Pasen, señores, pasen... Apresúrense que luego no habrá sitio para todos...

Y entre aquel laberinto de voces, de música ramplona y de tipos extraños, un hombre elegantemente vestido, de unos cuarenta y cinco

años de edad paseaba impasible, como si estuviese seguro de que encontraría lo que buscaba.

Su cabeza se hallaba sombreada por las primeras canas de la vejez y su rostro de facciones duras y profundas permanecía impasible, pero con una impasibilidad desesperante, como si nada en el mundo fuera capaz de alterarlo.

A su paso, muchos de los que estaban allí quedábanse mirándolo, como si reconociesen en él a una persona que debía ser popular en París. Pero ni aun aquellas miradas eran de por sí motivo para que el rostro del elegante caballero se alterase y siguió andando hasta colocarse frente a la barraca de la señora Laurent, madre de Elena y propietario de un tiro al blanco.

La señora Laurent, al verlo, no pudo ocultar su alegría, puesto que sabía se trataba de un buen cliente y se acercó solícita a él diciéndole, con esa confianza que suele tener la gente del pueblo, cuando ve que hasta ella desciende un gran señor:

—¿Viene usted a batir su récord de ayer?

El caballero no contestó ni una sola palabra. Su gesto frío e indiferente continuó siendo el mismo y tomó una de las pistolas que había sobre el pequeño y sucio mostrador. Apuntó con ella a uno de los

muñecos que rodaban en el interior de la barraca y disparó. No le falló su puntería e hizo blanco, lo mismo que las demás veces que repitió la tirada, hasta que la señora Laurent exclamó sorprendida por la eficacia de los tiros de su cliente:

—¡Caramba, no falla usted uno!

—Jamás los he fallado—respondió secamente el individuo en cuestión, quien volvió a tirar dos veces más con igual resultado. Al fin dió por terminado su ejercicio y le preguntó a la señora Laurent:

—¿Y la joven que estaba ayer con usted?

—¿Mi hija?—preguntó la señora Laurent?

—Me refiero a la muchacha que la ayudaba—le explicó él.

—Sí, ésa es mi hija—confirmó la dueña del «tiro al blanco». Por ahí debe andar.

Y en efecto, andaba por allí, pero no sola, sino en compañía de Juan, que sin darse cuenta de las horas que pasaban, ni se preocupaba de volver al circo, donde tenía que empezar a trabajar, hasta que Elena le dijo:

—Vete, ya que tu patrón te va a despedir.

—No lo creas—respondió él con gran seguridad—. Soy el número de mayor atracción del circo y tendrá

que aguantarme—. ¿Estás cansada de estar a mi lado?

Elena se volvió hacia él y por toda respuesta lo besó con frenesí preguntándole a continuación:

—¿No piensas ya en Susana?

—Ni me acuerdo de ella—respondió con indiferencia Juan—. Si tú supieras todo lo que representas tú para mí... ¡Qué me importa a mí Susana, teniendo tu cariño!

Y enlazados los dos, se dirigieron hacia donde estaba el circo, sin poder impedir que al pasar por el puesto de Susana ésta les dirigiese una mirada de reto.

Elena comprendió los celos de aquella mujer y la desahó con la mirada, al mismo tiempo que se abrazaba a Juan y lo besaba amorosamente. Se despidieron los jóvenes y Elena, cada vez más provocativa, pasó por delante del puesto de Susana mirándola insistentemente como dándole a entender que era ella quien tenía el amor de Juan.

Susana comprendió las ganas de camorra que tenía la joven, pero se contuvo pensando que no faltaría la ocasión de que las dos se pudieran zurrar la badana y siguió gritando a los que pasaban por delante de su puesto:

—Señores, prueben su suerte en la lotería.

A lo que Elena respondió, para quitarle los clientes:

—Por aquí, señores... ¡La lotería es para los chicos!... ¡Acérquense, señores! ¡Nueve blancos, una muñeca!

Susana no pudo contenerse más y se encaró con Elena gritándole, desde su puesto:

—¡Oye, tú, te recomiendo que te estés en tu puesto y no me robes los clientes!

—¿Que yo te robo los clientes?— le preguntó con cierta burla Elena—. Qué culpa tengo yo si no les gustas... ¿Qué quieres agradar con esa cara de luna?

Susana saltó por sobre el mostrador de su puesto y encarándose con Elena que le hizo cara, le dijo:

—¡Repítelo, ladrona, repítelo!

Y Elena lo volvió a repetir, al mismo tiempo que recibía una sonora bofetada de su rival. Las dos mujeres se liaron desde aquel momento en una lucha feroz y los mechones de cabellos quedaban entre los dedos de las adversarias así como trozos de las blusas de ambas.

Los que circulaban por allí las hicieron corra, distraídos con la pelea de las dos mujeres que se revolcaban por el suelo, sin preocuparse de lo que mostraban a los curiosos, hasta que llegó la madre de Elena

y pretendió separarlas diciéndole a su hija:

—Si no te separas vas a conocer mi nombre de pila.

Elena, al verse sujeta por su madre, se encaró con ella y le dijo:

—Suéltame, que le voy a enseñar a ésa de lo que soy capaz.

Pero la otra que tampoco se amilanaba por la fuerza de su contraria, le respondió amenazadora:

—Ya te arreglaré cuentas otro día.

—Más vale que te callares, so puerca—le dijo Elena, mientras que su madre se la llevaba a viva fuerza—. Ya sabes que todo el mundo te ha visto en paños menores.

La señora Laurent consiguió al fin llevarse a su hija hasta la puerta de su barraca y haciéndola sentar en la pequeña escalera exclamó desesperada:

—¡Qué desgracia tener una hija así!

Pero lo que más sorprendió a madre e hija fué ver que junto a ellas estaba el individuo cuya puntería había causado la admiración de la señora Laurent.

Este, con su habitual impasibilidad, sin que ni el menor gesto de su rostro denotase el menor sentimiento se acercó a la muchacha y viéndola sangrar por una pantorrilla le dijo:

—Está usted herida...

Y dirigiéndose a su madre le ordenó:

—Traiga usted agua.

La señora Laurent, ante la orden tan enérgicamente dada, miró con extrañeza a aquel individuo y fué por una palangana con agua, mientras que Elena le decía, después de habérsele bajado la media, para que viese mejor la herida:

—¿Ha visto usted qué salvaje?

—He visto bastante—respondió él, lavando la herida cuidadosamente y diciéndole a la madre de la joven, después de haber terminado de lavarla: —¿Tiene usted iodo?

La señora Laurent se lo quedó mirando extrañada y al fin exclamó:

—Pero, ¿es que me ha tomado usted a mí por una farmacia?

—Tampoco tiene usted alcohol?... ¿Ni un poco de run, o aguardiente?

—Eso ya es otra cosa—respondió la señora Laurent, marchando en busca de la botella que nunca le faltaba.

Al quedar otra vez solos Elena le dijo:

—¿Usted ha visto que fué ella la que empezó primero?

Pero él, sin responder a la pregunta de la joven vendó convenientemente la herida y le dijo:

—Luego le pondré otro vendaje.

—¿Luego?—preguntó con extra-

ñeza la joven y como si fuera la cosa más natural del mundo insistió con gran aplemo:

—Luego, sí... Porque cenaremos juntos.

Elena volvió a mirarlo con mayor curiosidad que antes y hasta pensó que aquel hombre pudiera estar loco. Pero esta idea no tuvo mucho tiempo de pensarla, puesto que en aquel momento se presentó Susana, acompañada de un gendarme y señaló a Elena, diciéndole:

—Es esta... Ella me atacó.

—¡Mientes!—exclamó Elena—. Fué ella la que me agredió primero. Puede decirlo este señor, que lo vió primero.

—Yo no vi nada—respondió el que la había curado, que en aquel momento se lavaba tranquilamente las manos, sin preocuparse de que el gendarme se llevase a las dos mujeres a viva fuerza.

En el circo, Jaime, que se había enterado de todo lo que había pasado, se lo comunicó a su compañero, diciéndole en son de broma:

—La poli se ha llevado a tu ex novín.

Pero, como Juan no podía abandonar su actuación por aquella causa, tuvo que contentarse con la idea de ir a verla a la Comisaría tan pronto como terminara el espectáculo.

UNA CENA IMPREVISTA

Cuando llegaron las dos detenidas a la Comisaría y mientras se les tomaba declaración fueron conducidas a un calabozo general, en el que había otras cuantas detenidas. Estas, al ver a las dos nuevas compañeras, se acercaron a ellas y le dijeron burlesco:

—Cuando se entra, lo menos que se puede hacer es saludar.

Las que se hallaban detenidas allí, demostraban claramente por sus portos y gentes, que pertenecían a esas desgraciadas que vendían sus cuerpos y tanto Elena como Susana, no se vieron muy seguras en aquella compañía. Una de las que se hallaban en la prevención se encaró con Susana y le preguntó:

—¿Por qué os han traído?... ¿Os han pescado acaso?

—Nos hemos peleado—respondió Susana—. Esta se me echó encima y me robó mi hombre.

Aquella era la peor acusación que Susana podía haber hecho de Elena y todas se volvieron a la muchacha, quien sin darles importancia les volvió la espalda.

Aquel gesto despectivo fué lo que hizo exclamar a una de ellas:

—¿Está disgustada la señora marquesa?

Elena se encogió de hombros, sin responder y la otra insistió en el mismo tono burlón diciéndole:

—¿Contestarás o no?

Y al decir esto, hizo una seña a sus compañeras quienes cayeron sobre ella y la tumbaron en un banco, mientras que Elena forcejeaba con ellas y les gritaba:

—¡Dejadme!... ¡Salvajes!

—Veinticinco—ordenó la que primeramente había hablado—. Me parece que por hoy tendrás bastante.

Y entre varias mujeres la sostuvieron fuertemente, mientras que otras le levantaban las faldas y a carne viva empezó a darle azotes.

Elena gritaba a más no poder, hasta que se abrió la puerta de la prevención y un gendarme les gritó para que se callasen.

Apenas oyeron los pasos del gendarme, entre todas ocultaron a Elena y le taparon la boca, para que no pudiera defenderla el agente y le dijeron a éste con el fin de justificar los gritos:

—¡A ver si es que nos va a privar de reír también!

El gendarme volvió a marcharse y nuevamente se lanzaron sobre Elena para azotarla, mas la joven hizo un esfuerzo y se libró de sus compañeras corriendo a golpear la puerta para que le abriesen y la sacasen de allí. La puerta se abrió en efecto y apareció el mismo gendarme diciendo:

—¡Elena Laurent!

—Soy yo—respondió la muchacha.

—Pues venga conmigo.

Siguió al gendarme hasta donde estaba el comisario que le dijo:

—Está usted libre.

—Muchas gracias, señor—respondió alegremente Elena.

—Agradézcaselo usted al señor Vautier—le respondió secamente el comisario.

El agente le cogió violentamente por un brazo y la sacó hasta la puerta de la calle, donde había un coche parado, la introdujo dentro y Elena cada vez más extrañada, le preguntó al chófer:

—¿De quién es este coche?

—Del señor Vautier—respondió, poniéndolo en marcha.

—¿Y adónde me lleva?

—A su casa—contestó el chófer, dirigiéndose hacia allí.

Al mismo tiempo que el auto partía de la puerta de la Comisaría, llegaba también Juan, quien no tuvo tiempo más que para ver que su novia se iba en un magnífico auto, sin saber dónde, ni con quién.

Las sorpresas de Elena iban aquel día en aumento, puesto que después de media hora de marcha el automóvil se detuvo ante la puerta de un magnífico edificio y el chófer le dijo, abriéndole la portezuela:

—Ya hemos llegado.

—¿Es aquí la casa del señor Vautier?—preguntó la joven.

—La misma—respondió el chófer. Es extraño que usted no la conozca.

Un criado abrió la puerta y ha-

ciendo un saludo a la muchacha la dijo:

—El señor Vautier la espera, señorita.

Elena, sin darse cuenta de lo que hacía, siguió la dirección que le indicaba el criado y entró dentro de la casa.

Quedó maravillada del gusto con que estaba montada aquella vivienda y el lujo de que se hallaba rodeado su propietario. Siguiendo siempre las indicaciones del criado, llegaron al hall. Aquel abrió una nueva puerta y le mostró otro salón diciéndole, a la vez que indicaba una puerta que estaba cerrada:

—El señor Vautier se halla allí. La espera.

Abrió nuevamente la otra puerta y desapareció, mientras que Elena quedaba aún más sorprendida al ver ante ella al mismo hombre que la había curado aquel día:

—Pero, ¿usted es el señor Vautier?

—El mismo—respondió con exquisita amabilidad Vautier—. ¿Ve usted como vamos a cenar juntos?

Elena miraba cada vez más extrañada a aquel hombre en cuyas facciones era imposible adivinar sus pensamientos y Vautier, sin darle importancia a los hechos le dijo:

—Comprendí que no había otra

forma de hacerla aceptar mi invitación.

De pronto Elena sintió un miedo inexplicable de verse en poder de aquel hombre quiso huir y corrió hacia la puerta que comunicaba con el salón por donde había pasado antes de entrar allí, la abrió, pero al llegar a la que comunicaba con la de hall, la encontró cerrada y se volvió hacia Vautier, como pidiéndole una explicación.

Vautier con su gesto inmutable le dijo:

—¿Cree que no querría usted ser molestada?

La joven viéndose en la imposibilidad de salir, volvió de nuevo adonde había encontrado a Vautier y éste le indicó la mesa, admirablemente servida, diciéndole amablemente:

—¿Dónde quiere usted sentarse?

Elena le miró indignada y le preguntó a su vez:

—¿Habla usted conmigo?

—Naturalmente—respondió Vautier—. La invito a cenar.

—¡Yo no cenaré!—exclamó ella, decidida a ello.

Su asombro fué grande cuando vió que Vautier se sentaba tranquilamente y le decía:

—Cenaré yo, pero créame que pensaba que me acompañaría usted.

Cogió de sobre la mesa un plato

y sirvió de él mientras la decía a su joven prisionera:

—¿Cree que le gustaría a usted el caviar?

Elena ni le respondió siquiera y entonces Vautier indicándole otro plato, mientras él comía le dijo:

—¿Quizá un poco de pastel?

Tampoco respondió Elena y Vautier siguió cenando tranquilamente, hasta que la muchacha, sin poderse contener por más tiempo se acercó a la mesa y le preguntó:

—¿Es que se va a pasar la noche tragando?

—Hasta que tenga ganas—respondió sonriendo Vautier.

La tranquilidad de aquel hombre la desesperaba y dando un puñetazo en la mesa exclamó:

—¡Pues cenaré yo también!

Vautier sin darle importancia al gesto de Elena le respondió con una naturalidad sorprendente:

—Ya sabía yo que acabaría cenando conmigo.

Y mientras que Elena y Vautier cenaban juntos, Juan sentado a la puerta de la barraca de su novia se congoñaba de la conducta de ésta y Jaime le decía:

—No te duela, chico... La mejor de las mujeres, para ahogarla.

—Es que yo amo a Elena—respondió su amiga—. Nunca creí que ella fuera igual que las otras.

—Pues ya lo sabes—le dijo bromeando aime—. Todos los días son días de aprender.

Elena después de haber cenado opíparamente y de haber bebido con algún exceso se quedó contemplando a Vautier y le dijo:

—Tiene usted un tipo raro... un tipo de...

—De un viejo canalla... ¿verdad?—terminó diciendo Vautier, acordándose del calificativo que muchas veces le habían dado.

Elena no quiso decirle que sí y procuró cambiar la conversación diciéndole burlescamente:

—¿Y ha hecho usted todo eso, sólo para cenar conmigo?

—¡Oh, no!—exclamó Vautier—. Yo soy más exigente... Todo lo he hecho para guardarla.

Elena estuvo a punto de soltar una carcajada. Claro es que aquel hombre podría ser amado, pero por una mujer que no fuese como ella. La edad de él no se avenía con la suya y procurando insinuarse le preguntó:

—¿Acaso busca usted mi amor?

—¿Su amor?—preguntó extrañado Vautier, a la vez que se miraba a un espejo y comprobaba algunas arrugas de su rostro—. El amor es una palabra que no se usa a mi edad.

—¿Entonces...?

—Entonces... Si quiere quedarse en esta casa, será la suya.

—¿Quedarme aquí? — preguntó sorprendida la muchacha.

Pero Vautier, no la dejó terminar y con la misma pasividad que era la mayor desesperación de la joven, le dijo:

—No me conteste... Ahora diría que no por vanidad. Aquí tiene usted la llave de la casa...

Elena cogió sin darse cuenta la llave y Vautier siguió diciéndole:

—Si me necesita encontrará mi nombre en el anuario...

Abrío la puerta para que saliera la joven y ésta, segura de que no le haría falta la llave se la devolvió a Vautier, pero éste no la quiso recoger y le dijo:

—Guárdela... Quizá vuelva usted.

Elena se guardó la llave y sonrió, pensando interiormente que para nada habría de servirle.

Al llegar a la puerta de la calle se encontró el mismo auto que la había traído y el chófer al verla salir se apresuró a abrirle la portezuela del coche y le preguntó:

—¿Dónde quiere la señorita que la lleve?

Elena dio la dirección de su barraca y poco después el coche llegaba a ella.

En la puerta de la barraca seguía sentado Juan, que al verla descen-

der del auto esperó a que la joven se acercara y le preguntó:

—¿De dónde vienes?

La pregunta fué hecha en un tono tan desairado que Elena respondió molestanda:

—¡Qué te importa!... Ni siquiera te has molestado en ir a buscarme.

Juan pensando en el automóvil en el que había venido su novia le preguntó sin poder contener sus celos:

—¿Supongo que no habrá sido el comisario quien te ha hecho llevar en el auto?

—Si hubieras ido a buscarme te habrías enterado de quién era—respondió Elena haciendo que los celos de su novio fueran más todavía.

Esto sin poderse dominar la dio un empujón que la hizo caer contra la escalera de su barraca y le dijo despectivamente:

—Imbécil de mí que fui a hablar de amor a una mujer como tu...

Elena dolorida por el golpe recibido se encerró en su barraca y por la ventana oyó decir a su novio:

—Razón tenía Susana al decir que eras una mujer de la calle... Merecerías que te escupiera en la cara.

La muchacha para no oír más insultos cerró la ventana y se dirigió a la única pieza que servía de dormitorio a ella y a su madre. Sobre el suelo, al lado de donde dormía

su madre vió la botella del aguardiente medio vacía y comprendió que se había dormido borracha como muchas noches.

En aquellos momentos fué cuando comprendió en lo trágica que era la vida para ella. Se veía condenada a vivir siempre entre tanta miseria, al lado de una madre que no pensaba en otra cosa que emborracharse, sin un vestido que ponerse y sin más hogar que aquellas cuatro paredes de madera por las que entraba el agua y el frío en invierno y se convertía en un horno en verano.

¡Cuánta diferencia de aquello a la casa de Gautier!... ¡Qué trato más diferente del de Juan al del otro!

Y al dormirse no pudo evitar que todo su sueño de aquella noche estuviese mantenido por el recuerdo de la espléndida visión de la casa de Gautier.

A la mañana siguiente cuando se despertó la madre de Elena era ya cerca de las diez y al ver a su hija durmiendo la llamó diciéndole:

—¡Levántate ya!... ¿Te crees una princesa?

Elena se despertó, pero sin levantarse permaneció gran rato con los ojos abiertos y tendida sobre su cama, pensando en todo lo que le ha-

bía sucedido la noche antes, mientras su madre le decía:

—¿En quién piensa la señora? ¿Es en Juan? Mira que perder el tiempo con ese pelacafías cuando pienso que podrías esperar cosas mejores... Ese señor de ayer, por ejemplo... y que además parece un buen hombre... y viejo no es... Para mí que es un dentista...

Elena seguía pensando en él mientras que su madre no cesaba de hablarle del desconocido con quien ella había cenado la noche anterior.

No andaba muy desencaminada la señora Laurent al decir que Vautier era dentista, ya que si no esto, era por lo menos médico. Pero se daba el caso que Vautier no era un médico cualquiera, sino una de las celebridades más famosas de la medicina y sobre todo de la cirugía. Sus descubrimientos eran verdaderamente sensacionales y su nombre en el mundo médico se expresaba con la admiración que produce todo aquel a quien se considera como un sabio extraordinario.

Aquella mañana precisamente, el doctor Vautier estaba realizando la operación más difícil de toda su vida y quería emplear un nuevo procedimiento que él mismo había descubierto. Se trataba de un ataque cardíaco y el caso no podía ser más difícil, ni más interesante.

Vautier y sus ayudantes trabajaban en el enfermo, mientras que la secretaria del doctor iba y venía llevando todo el instrumental necesario.

A medida que iba operando, Vautier iba también explicando su operación y decía a los que le ayudaban:

—Espero que lo salvaremos... Estoy seguro del resultado.

A una de las enfermeras le recomendó:

—Vigile atentamente el corazón...

La secretaria miraba de cerca la operación y el doctor en tono cariñoso, le dijo:

—Harias mucho mejor en decirme qué es lo que había en el correo de hoy.

—Un nombramiento de profesor de la Facultad de Copenhague—le respondió su secretaria—. La esposa del prefecto que desea que opere usted mismo a su hermana...

—Imposible—exclamó el doctor.—No estoy para nadie... ¡Que no me molesten!

Siguió su tratamiento para el enfermo que estaba operando y les explicó a sus ayudantes:

—Es éste un método personal a emplear en caso de síncope cardíaco... Cuando se precisa la transfusión de sangre debe hacerse directamente al corazón, de esta forma

se obra sobre el órgano que no funciona.

Un criado entró y le dijo:

—Una joven pide por usted, doctor.

—Que espere—exclamó Vautier, a la vez que terminaba la operación y daba instrucciones de lo que se debía hacer con el enfermo.

Cuando sacaron al paciente de la sala de operaciones, fué él en busca de la joven que pedía por él, con el presentimiento de que era la propia Elena que regresaba a la casa. Vautier, sin demostrar la menor sorpresa al verla, como quien ve en ello la cosa más natural del mundo se quitó los guantes de operar que aun llevaba puestos y le dijo:

—¿Ve usted cómo tenía razón al decirle que volvería? Pase usted por aquí.

Elena siguió al doctor y al encontrarse con una muchacha, Vautier le dijo a su protegida:

—Esta señorita se cuidará de usted... Déjese llevar por ella.

Elena siguió a la joven y aquella la condujo a una amplia habitación, donde el doctor había preparado un elegante dormitorio, en la seguridad de que Elena volvería otra vez a aquella casa.

La muchacha al quedar sola en él, miró a todas partes y no salía de su asombro al verse en un lugar don-

de ni en sueños lo hubiera podido ver. Cuanto puede excitar el deseo femenino había sido dispuesto por el doctor de forma que todo contribuyera a incitar a la joven para que continuara allí.

Poco después de su llegada y de haber sido conducida a sus habitaciones se presentó la camarera y le enseñó la ropa que estaba dispuesta para ella y Elena le dijo:

—Se ve que el señor Vautier me esperaba.

—Claro que sí—respondió convencida la camarera—. Estaba seguro de que no tardaría usted.

Elena sintió una especie de curiosidad por saber a qué se debía aquella seguridad del doctor y le preguntó nuevamente:

—¿Y por qué estaba seguro de que volvería?

La camarera se encogió de hombros y le dijo:

—Eso no se lo puedo yo decir, las cosas íntimas del doctor únicamente él las sabe... Además, es un hombre de mucho talento y sabe siempre lo que hace.

A partir de aquel día la vida de Elena transcurrió en una placidez adorable. Vautier no la molestaba para nada y únicamente la interrogaba acerca de sus deseos para que fuesen cumplidos inmediatamente. Elena se esforzaba en adivinar cuáles

serían los pensamientos de aquel hombre y a qué se debería el que la agasajase de aquella forma. No le cabía duda de que Vautier estaba enamorado de ella, bastaba ver la solicitud con que la atendía, pero nada podía traslucirse en sus palabras y menos aun en sus gestos, ya que la impenetrabilidad de los sentimientos del doctor era absoluta.

Desde su llegada a casa del doctor, Elena no volvió más por la barraca, ni salió siquiera a la calle. Era para ella tan nuevo cuanto había en la casa, que la muchacha aun le faltaba tiempo para familiarizarse con cuanto allí había.

Su madre la esperó en vano durante algunos días y viendo que no volvía pensó que de aquella aventura de su hija ella podría sacar buen partido. Se enteró de que Vautier era un hombre rico y quiso explotar su maternidad, para lo cual se dirigió a casa de Vautier.

Cuando llegó a la casa del doctor, un criado se oponía tenazmente a dejarla pasar hasta que de pronto apareció Elena y su madre, dando riendo suelta a un cariño que tenía más de egoísmo que de maternal, corrió a ella y la abrazó, diciéndole:

—¡Elena!—¿Qué te han hecho, hija mía?

Elena sabía de sobra que todo aquel cariño que su madre se esfor-

zaba en demostrarle era fingido, se la quedó mirando sonriente y le dijo:

—¿A qué viene ese apuro?... ¿Qué te sucede?

—No, no pretendas tranquilizarme... De sobra sé que ese hombre te ha secuestrado... ¡Pero yo lo encontraré aunque tenga que echar abajo todas las paredes de esta casa!

Pero antes de que tuviera que echar abajo ninguna pared, el doctor, que la había oído, apareció sonriente y le dijo:

—No se moleste, señora... No hay necesidad de derrumbar esta casa para verme a mí.

La madre de Elena quedó cohibida ante la frialdad de aquel hombre que por nada del mundo parecía inmutarse y no supo qué responder. Vautier se dió cuenta en seguida de que se había impuesto y volvió a decirle en tono lo más amablemente que pudo:

—¿Quiere tener la bondad de sentarse?

Y dirigiéndose a Elena la invitó a marcharse diciéndole:

—Le agradecería mucho que tuviese la amabilidad de dejarme solo con su madre. Sin duda, tiene muchas cosas que hablar conmigo... Comprendo que su amor maternal esté resentido...

Elena desapareció en la habita-

ción contigua y la madre de la muchacha se levantó rápidamente, cuando vió cerrarse la puerta gritando desahoradamente:

—¡Esto es escandaloso!... ¡Me ha robado usted a mi hija!... ¡La ha seducido usted y voy a llamar a la policía para que la saque de aquí!

El doctor, sin alterarse ante los gritos de aquella mujer, se acercó a la puerta por la cual se había marchado Elena y le dijo tranquilamente:

—¿Para qué llamar a la policía?... Si ha venido usted por ella no tiene más que llevársela y en paz.

La madre de Elena vió que no era aquel el camino que debía seguir. Creyó que el doctor se opondría a su pretensión de llevarse a su hija: mas, cuando vió con la tranquilidad que le ofrecía devolvérsela, pensó que de aquella forma no había manera de hacerle ningún dinero. Intentó cambiar de táctica y exclamó bajando la voz:

—¡No se enfade usted tan pronto!... ¡Podemos hablar!

—Si se trata de hablar, hablemos... Oiga usted... ¿En qué sueña una mujer a su edad, a los cuarenta y cinco o cuarenta y seis años?

—Cuarenta y tres—rectificó la señora Laurent.

—Pues, que queden en cuarenta

y tres—contestó el doctor—. Yo creo que a esa edad se sueña en una casita con un jardín, con un corral, una vaca...

—¿Un palomar?—siguió diciéndole la señora Laurent

—Exacto—exclamó el doctor—. Un palomar...

—Una pequeña bodega...—volvió a decir la madre de Elena.

—¿Por qué no puede haber una pequeña bodega, en la que halla Oporto, Whisky...

—¿Y eso?—preguntó entusiasmada la señora Laurent.

—Todo eso lo firmaremos mañana... Vaya a las diez a casa de mi notario... Allí vivirá tranquila sin ocuparse de lo que no le importa.

La señora Laurent estaba que no cabía en ella. ¡Iba a ser nada menos que propietaria! ¡Cómo la iban a envidiar todas las demás!

—¿Está usted satisfecha?—le preguntó el doctor.

—¡Claro que sí!—exclamó la madre de Elena—. Entre gente educada siempre hay arreglo, ¿verdad?

Se levantó para marcharse y el doctor, seguro de que aquella mujer ni siquiera pretendería ver a su hija, le preguntó:

—¿Quiere usted despedirse de Elena?

—No—respondió la señora Lau-

rent—. Es mejor aborrrarle una dolorosa despedida.

—Como usted desee, señora—terminó diciéndole el doctor, a la vez que la acompañaba hasta la puerta.

Cuando quedó solo, quedó pensativo durante unos segundos y sonrió filosóficamente, a la vez que murmuraba en voz baja:

—¿Si este es el amor maternal, qué no será el otro?...

Sin embargo, el otro era muy diferente. El amor de dos corazones jóvenes era mucho más fuerte de lo que podía pensar el doctor. El creía que con aquella filosofía de hombre sabio, de hombre que va derecho a su objeto, conociendo la intimidad de los seres humanos, podía conseguir también el amor de la mujer que deseaba, pero en aquella ocasión, toda su ciencia y todos sus propósitos eran irreales.

Sentado en las escaleras de uno de los carros que formaban parte de la caravana del circo, Juan pensaba en su amada, a la que no había visto desde aquella noche en que la vio llegar en auto. ¿Qué habría sido de ella?... ¿Por qué no volvía por su barraca?

Se enteró de que vivía en casa del doctor Vautier rodeada de toda clase de comodidades, en un ambiente de lujo y de fastuosidad, pe-

ro así y todo, había algo que interiormente le decía, que las palabras de amor de Elena no podían ser falsas cuando se las decía.

Pero en aquella espera, la confianza en el amor de la joven iba debilitándose y hasta empezó a creer que el nuevo ambiente había borrado del corazón de la muchacha la pasión que los unió.

Todo su afán en aquellos días era encontrar la ocasión de poder hablar otra vez con ella, de poderla reprochar lo que había hecho de él y por lo mismo se negaba a emprender el viaje que le habían ofrecido, aun cuando su compañero se esforzaba en convencerlo diciéndole:

—¡Ese contrato no podemos desaprovecharlo, Juan... Piensa bien lo que haces.

—Ya te lo he dicho y te lo repito... No me iré.

—Pero, hombre—volvió a decirle Jaime—, piensa que tenemos que debutar en Nantes.

—Aunque tuviéramos que debutar en Nueva York... He dicho que no me iré.

En esto un griterío ensordecedor llamó la atención de los dos jóvenes y vieron que una infinidad de chiquillos rodeaban a la señora Laurent, la que para ponerse a tono con su nueva situación de propietaria,

había gastado todos sus ahorros en ropa y se había comprado un vestido que era de lo más ridículo que podía haber.

Sin importarle las chanzas de sus antiguas amistades, se fué hacia su barraca para recoger lo que en ella tenía y cuando estuvo dentro de ella se presentó Juan, preguntándole:

—¿Qué haces?

—Ya lo ves—respondió ella—. Recojo mis cosas porque me voy.

—¿Que te vas?... ¿Dónde?

—Donde me parezca—respondió ella.

—Y yo, ¿qué hago?—preguntó Juan—. ¿Dónde está Elena?

—Mi hija está bien—respondió con cierto orgullo la señora Laurent. Déjala donde está y no la molestes.

Juan, a duras penas podía contener la indignación que le embargaba. Comprendía que aquella mujer se había convertido en cómplice del hombre que le había robado a Elena y procurando ser amable, le preguntó de nuevo:

—¿La has visto?

—Claro que sí... Me han recibido muy amablemente... Se ve que son gente muy educada.

—¿Y no preguntó por mí?—inquirió Juan.

La señora Laurent miró despectivamente al joven y le respondió:

—Y tú qué le importas?... ¿Puedes acaso compararte con el célebre doctor Vautier?

Juan calló, sin saber qué contestar. Era verdad lo que decía aquella mujer. ¿Qué podía él ofrecerle en comparación con lo que el doctor podía darle? La señora Laurent siempre en el mismo tono de superioridad continuó diciéndole:

—Además, te agradecería que en adelante me llamas de usted... Entre los dos hay cierta diferencia de clase.

—Bien—respondió Juan, acercándose a la puerta de la barraca para marcharse—. ¿pero, hoy, me permites que te tutée?

—Por hoy pase... Será el último día que estaré aquí.

—Pues... ¡Vete de paseo!

Y antes de que ella pudiera responderle, cerró la puerta y se fué en busca de su amigo, diciéndole:

—Acepto el contrato. Desde hoy quiero ganar mucho dinero... Necesito tener mucho dinero...

LA TRANSFORMACION

Pasaban los días y Elena iba sufriendo una metamorfosis extraordinaria. Nadie hubiera conocido en ella a aquella otra muchacha de la barraca de feria. Vautier había ido introduciéndola en el mundo elegante, se había gastado en ella una verdadera fortuna, con tal de que Elena llamase la atención en todo París por sus trajes y su elegancia.

Su belleza, de por sí extraordinaria, resaltaba aun más en aquel cuadro de lujo y distinción en que vivía. Nada podía desear que no lo tuviese y el doctor jamás le negó ninguno de sus caprichos.

El nombre de Elena empezó a resonar en París como el de toda mujer célebre y su presencia en el palco de la Ópera, en las carreras

de caballos o en las exposiciones, producía el efecto de algo nuevo, de algo superior que todos ansiaban ver.

El doctor la acompañaba a todas partes y sentía íntimamente ese orgullo que posee todo propietario de un objeto que se sabe envidiado por los demás.

Pero en medio de aquel ambiente, de aquella jaula de oro, Elena sentía la nostalgia de la otra vida. Aquello no era para ella más que una prisión, mucho más dolorosa, puesto que estaba convencida que ya no podría vivir sin todas aquellas comodidades y todos aquellos lujos a los que la había hecho Vautier. Pero a pesar de todo ello, en su corazón no aparecía esa llama

de amor que le hubiera hecho ser feliz al lado de aquel hombre. Vautier le infundía miedo y desprecio al mismo tiempo. Tenía su enigmática pasividad en todos sus actos y le despreciaba porque adivinaba en él a un hombre lascivo, cruel en sus sentimientos y ridículo en aquello de hacer siempre lo que quería. Parecía como si su voluntad no tuviese dique alguno y que para él no existiesen obstáculos que se opusiesen a la realización de su capricho.

Y mientras ella era la admiración de todo el París elegante, Juan seguía con su compañero una línea ascendente en su carrera artística.

Después de su actuación en Nantes abandonó el misérrimo circo en el que trabajaba y formó parte de una compañía de grandes espectáculos, en el que su número figuraba como la mayor atracción.

Empezó a ser anunciado en los primeros puestos de los grandes teatros y el dinero comenzó también a rendírsele sumiso.

Pero dentro de sus triunfos, de las aclamaciones del público y de su arriesgada profesión seguía viva en él la llama del amor que sentía por Elena. No podía arrancar de su corazón aquella pasión que lo dominaba y su mayor anhelo era poderse encontrar un día con ella

para poderle echar en cara todo lo que había hecho con él y su venta indigna a un hombre a quien estaba seguro que no amaba.

Elena para distraerse del aburrimiento de su vida, hastiada ya de teatros, bailes y fiestas, buscó una distracción en los flirts, todos ellos sin importancia, pero que para ella le parecían un insulto que hacía al doctor y que le producía cierto placer de venganza.

Vautier se daba perfecta cuenta de ello, pero parecía no prestarle gran atención o por el contrario no darle importancia.

Su último flirt era con un nuevo profesor de historia que Vautier le había buscado. Era un joven algo tímido, pero que ante las insinuaciones de Elena terminó dejándose querer por ella, aun cuando al decir verdad ninguno de los dos se amaban.

Una mañana estaba la doncella arreglándole los pies a Elena, mientras que su joven profesor, adoptando una corrección extrema para evitar las sospechas de la muchacha, le preguntó:

—¿Por qué se llamaba Rey Sol a Luis XIV?

Elena, a quien lo que menos le importaba era la historia respondió bromeando:

—Por los baños de sol... ¿No fué él quien los inventó?

—Por Dios, tenga más seriedad —le reprendió cariñosamente el profesor—. Veamos otra pregunta. ¿Cuáles fueron las mayores victorias de este rey?

—Las mayores victorias fueron Lavalliere... Madame Maintenon...

La doncella había terminado su trabajo y salió de la habitación, dejándolos solos. Elena aprovechó este momento para sentarse sobre las rodillas de su profesor, y decirle:

—¿A ver si tú has hecho progresos?

Lo besó ansiosamente y al fin lo dejó diciéndole:

—No has hecho nada.

Pero mientras ellos estaban besándose, abrió la puerta el doctor, sin que ninguno de los dos se dieran cuenta. Al verlos en aquella actitud, volvió a salir y llamó desde fuera a la puerta.

Los dos jóvenes se separaron inmediatamente y el doctor entró sonriente diciéndoles:

—Perdón si les he molestado en su «trabajo».

—Ya terminábamos—respondió el profesor completamente azarado.

El mismo doctor lo acompañó hasta la puerta diciéndole a Elena, con aquella extremada cortesía con que siempre la trataba:

—Tenga la bondad de esperarme en el salón.

Antes de llegar a la puerta pasaron por el despacho del doctor y éste detuvo al profesor para preguntarle:

—¿Conoce usted Grecia?

—No señor—respondió el profesor—. ¿Por qué me lo preguntaba?

—Pues porque le conviene conocer la cuna de las artes—le dijo el doctor sentándose en su sillón.—Me he permitido reservarle un camarote en el «Porthos» que sale para allá.

—Pero...—titubeó el profesor, a quien la actitud del doctor le había cogido tan de sorpresa que no sabía qué responder.

Vautier, sin dejarle terminar su frase le interrumpió diciéndole:

—Sé lo que usted me va a decir, pero no le importe. La señorita Laurent conoce ya bastante historia...

—¿Acaso cree usted que yo...? —volvió a decir el profesor, y el doctor volvió a interrumpirle diciéndole:

—No, no estoy descontento. Ha cumplido usted muy bien su deber. Ahí tiene el cheque...

El profesor recogió el cheque que le entregaba el doctor, mientras que Elena, intranquila por lo que pu-

diera ocurrir, escuchaba por detrás de la puerta, hasta que vió marcharse al profesor.

Cuando quedó solo Vautier, apareció ella y le preguntó:

—Y el profesor, ¿se ha marchado?

Vautier abrió una mesita ambulante donde tenía varias botellas de bebida y le respondió tranquilamente:

—El profesor me ha encargado mucho que lo despidiera.

—¿Que le despidiera?... ¿No piensa volver?

—Esos son, por ahora sus pensamientos. Se marcha a Grecia— volvió a decir el doctor, mientras preparaba pacientemente un cocktail—. Dice que ya no tenía usted nada que aprender de él.

Elena no supo contenerse. Aquella serenidad de Vautier le atacaba a los nervios, la desesperaba y exclamó gritando:

—Parte como todos los que me han rodeado. Como el que me enseñó el bridge, como el inglés que me enseñó el golf...

—Este último creo que se fué a América... ¿No es verdad?—preguntó el doctor como quien pretende recordar un hecho al cual no se le llegó a dar ninguna importancia.

Elena dejando en libertad todos

sus nervios, sin querer contenerse exclamó desesperada:

—¡Estoy harta de todo esto! Soy festejada, adulada, tengo lo que quiero, pero hay momentos en que me hastío... Ahora estoy segura de que ha sido usted mismo quien me ha preparado todas esas aventuras para frustrarlas después...

El doctor se acercó a Elena ofreciéndole galantemente el cocktail que había hecho a la vez que le decía:

—Reflexione usted Elena... Ya sabe que usted lo es todo para mí... Piense que a mi edad, con una mujer bella... se tienen momentos muy duros...

—¿Qué momentos son esos?—preguntó Elena, deseando que aquel hombre le hablase claro de una vez.

Mas el doctor, reconquistando nuevamente su gran dominio sobre sí mismo le respondió:

—No pensemos más en eso... Ese pobre profesor no merece que nos disgustemos por él... Se ha llevado su mejor recompensa, que era el cheque... ¿Ya sabe que hoy cenamos con el Ministro de Bellas Artes? Me ha pedido que la presente a él...

Elena se encogió de hombros. Poco le importaba el Ministro, ni nadie. Lo único que le interesaba

era saber hasta cuándo iba a durar aquella angustiosa e inexplicable situación en que vivía y el doctor adivinándolo así, para evitar que Elena le hiciera ninguna pregunta le dijo:

—Para esta noche he reservado un palco en el Empire.

Elena no demostró ningún interés por ninguna de ambas cosas, pero como siempre terminó aceptando aquellas órdenes, dadas en tono de súplica.

Al llegar la hora de la función, en un palco proscenio se hallaba Elena, acompañada del doctor. La joven estaba bellísima. Su traje blanco hacía resaltar aun más el color moreno de su piel aterciopelada y sobre su cuello lucía un magnífico collar de perlas. Sus manos al moverse para arreglar algún ri-

cillo rebelde centelleaba al estrellarse con los brillantes que llevaba en ellas, los focos de las luces del teatro.

Cualquiera que la hubiera visto, sin conocer la intimidad de su vida hubiera asegurado que la felicidad de aquella mujer era completa.

Sin embargo, Elena, apenas si se daba cuenta de las miradas que sobre ella atraía, inspiradas de deseos los hombres y de envidia las mujeres.

A su lado el doctor sentíase ufano de poseer una mujer que llamase de aquella forma la atención y miraba a todo el público con una especie de reto como desafiándole a que le quitasen aquella mujer que él había conseguido retener a su lado a fuerza de astucia.

UN PROGRAMA CON SORPRESA.

Actuaba en el Empire una gran compañía internacional de circo. Estaba formada por los artistas más célebres de su género y el público continuamente tributaba aplausos a los números que iban apareciendo en el escenario.

Elena miraba distraídamente el espectáculo sin sentir ninguna emoción y menos aún interés por los números que iban desarrollándose.

Cuando ya habían pasado varios de ellos, le preguntó al doctor:

—¿Qué número viene ahora?

Vautier miró el programa y le respondió:

—Unos acróbatas.

—No me gustan—respondió la joven—. Quiero usted que nos vayamos.

—Como usted desee—respondió el doctor—pero creo que le interesará ver este número.

Elena por no entrar en discusión con él, se resignó a continuar en el palco y segundos después apareció el número de los acróbatas, que era también el más sensacional del programa.

Apenas aparecieron los trapeistas, Elena sintió que su corazón latía aceleradamente. Conoció en los dos acróbatas que habían aparecido en el escenario a Juan y a Jaime. Desde aquel instante concentró toda su atención en los artistas y el doctor se acercó a ella para hablarle. Al ver el interés con que la joven miraba al escenario se abstuvo de distraerla y esperó un rato,

mirando de reojo a su compañera.

Interiormente se dió cuenta del efecto que había producido en ella el ver a su antiguo novio y para terminar aquel asunto lo antes posible, le preguntó:

—¿Quiere que cenemos a la salida?

—Como usted guste—respondió Elena, sin apartar la mirada del escenario.

—¿No tiene preferencia por algún restaurante?—inquirió solícito Vautier.

—Me da lo mismo uno que otro—le respondió Elena.

Vautier no quiso distraerla más y sacando una tarjeta suya escribió:

«Tengo el honor de invitarles a cenar al restaurante «La Copa de Oro» y les agradecería tuviesen la bondad de aceptar esta invitación».

Llamó a la muchacha que cuidaba del palco y sin que Elena lo advirtiera la dijo, entregándole la tarjeta:

—Haga el favor de entregar esta tarjeta a los acróbatas cuando terminen su número.

—Está bien, señor—respondió la muchacha saliendo del palco, para cumplir el encargo del doctor.

En cuanto terminó el número de los trapevistas, el doctor se puso en pie y le preguntó a Elena:

—¿Le ha gustado este número?

—Es muy interesante—replicó ella, sintiendo más que nunca el deseo de estar nuevamente al lado de su ex novio.

—¿Quiere que nos marchemos ya?—inquirió el doctor.

Por toda contestación, Elena se puso de pie, el doctor la ayudó a ponerse la capa de seda que llevaba sobre el vestido y cogiéndola del brazo la condujo hasta el coche que los esperaba a la puerta.

Cuando llegaron al restaurante, éste se hallaba abarrotado de público y un camarero acudió solícito para ofrecerles mesa, diciéndoles:

—¿Los señores desean cenar?

—Sí—respondió el doctor—. Pónganos cuatro cubiertos.

Cuando se marchó el mozo, Elena le preguntó extrañada:

—¿Por qué ha mandado colocar cuatro cubiertos?

—Porque he creído serle agradable invitando a los acróbatas—respondió Vautier.

Elena lo miró con cierto temor, pensando que aquel hombre tramaba algo con aquella invitación.

Iba a pedirle una explicación cuando el doctor señalando hacia la puerta le dijo:

—¡Ya los tenemos aquí!

Elena se volvió a mirar y vió

que en efecto, entraban en aquel instante Juan y Jaime. El primero de ellos se acercó a un camarero y le preguntó:

—¿La mesa el doctor Vautier?

—Aquella, señor—respondió el camarero indicándole el lugar donde estaba la que ocupaban Elena y el doctor.

Al ver a la muchacha, Juan quedó un momento indeciso sin saber que resolución adoptar. Todavía perduraba en él aquella gran pasión que no podía apartar de su mente y la presencia de Elena, más bella que nunca la había visto lo hizo titubear.

Su amigo lo cogió por el brazo y lo acercó hasta la mesa donde estaba el doctor, que les dijo cuando estuvieron junto a él:

—Perdonen ustedes el que no les haya invitado personalmente.

Estrechó la mano de Jaime y se la ofreció a Juan, que hizo como que no le veía. Vautier sin darse por enterado por aquel desprecio, le señaló un lugar al lado de Elena y los dejó en completa libertad para pudiesen hablar.

La cena fué pródiga, si no en comida sí en bebida y Jaime bebió hasta que finalmente perdió el conocimiento y llegó a un estado de absoluta embriaguez.

Los músicos habían terminado

ya y todo el público se había ido del restaurant mientras que la reunión del doctor parecía no tener traza de marcharse.

El doctor, se hallaba junto a Jaime que tocaba el piano, o por lo menos hacía como que lo tocaba y Elena aprovechó aquel momento para sacar de su bolso la barrita de carmín de los labios y escribir sobre la servilleta:

«Quédate. Volveré».

El brillo de la tapa del piano reflejaba las figuras de Elena y Juan: por allí, como si fuese un espejo, el doctor los veía y se dio cuenta de lo que hacía aquella. La vió escribir y luego vió como Juan leía en la servilleta lo que había puesto, dejándola indiferente sobre la mesa.

Para tener una excusa que justificase su vuelta, Elena ocultó su bolso debajo del mantel y llamó a Vautier diciéndole:

—Vámonos.

—Cuando guste — respondió Vautier.

Y dirigiéndose a Juan le preguntó:

—¿Nos acompaña?

—Gracias—respondió éste secamente—. Nosotros nos quedamos aún.

Ofreció el brazo a Elena, que no se había dado cuenta de que

disimuladamente había leído lo que había escrito en la servilleta y salió con ella del restaurante.

Al quedar solos Jaime se acercó a la mesa para sentarse y su amigo lo detuvo diciéndole:

—No te sientes... Tú te vas.

—Es que... yo...

—No hay excusa —le ordenó enérgicamente su compañero—. Tú te vas, porque necesito estar solo...

Jaime acostumbrado siempre a obedecer a su compañero no ofreció mayor resistencia, pero salió del restaurante refunfuñando por aquella despedida que él consideraba en extremo descortés.

A continuación Juan llamó al camarero y le dijo intencionadamente:

—Espero a alguien... Procure que estemos solos y que nadie nos moleste.

—Descuide, señor que será servido.

Pero aun no había tenido tiempo el camarero de salir cuando volvió a entrar Vautier, quien se acercó a la mesa y le dijo, ante la natural extrañeza de Juan:

—Perdóneme, pero Elena ha olvidado aquí su monedero y habría tenido que volver.

Juan le miraba airadamente. Sentía hacia aquel hombre una repulsión enorme y mucho más en aquel

instante en el que con su presencia impedía a su amada el volver a su lado.

El doctor, con una pasividad desesperante, como quien trata de la cosa más insignificante del mundo le preguntó:

—¿Espera usted a Elena?

—¿Con qué derecho se permite hacerme esta pregunta?—exclamó Juan.

—Con el que me da el ser amigo de un hombre que vivirá algunos meses en nuestra intimidad.

Juan miró severamente al doctor y le replicó:

—Le advierto que no soy hombre que admita burlas de nadie.

El doctor sin perder aquella serenidad extraordinaria de que siempre hizo gala le respondió:

—No me burlo... Cuando Elena se interesa por alguien ha de tenerlo... Y las visitas que usted le hará, y que yo le autorizo a hacerle...

—Gracias—le interrumpió Juan, quien deseaba llevar la conversación por términos violentos, tan sólo por el deseo de poder abofetear a aquel hombre y hacerle perder el dominio que tenía sobre su voluntad—pero si quisiera me pasaría también sin su permiso...

El doctor sin inmutarse siquiera,

se sentó tranquilamente y le respondió:

—Eso que acaba de decir no me ofende, porque no es ningún insulto. Es un homenaje a su juventud de la que yo carezco.

Juan empezaba a desesperarse ante la pasividad de aquel hombre a quien no había manera de excitar y le dijo, desafiándole con la mirada:

—No ha habido nadie aun que le rompa a usted la...

—¿La cara?—terminó diciendo el doctor, al ver que Juan no se atrevía a terminar la frase—. No ciertamente, porque nunca he entrado en discusiones violentas. Pero en vista de lo que hemos hablado me parece inútil que siga usted esperando. Elena ya debe estar en casa.

En aquel momento sonó con insistencia el timbre del teléfono y el doctor al ver que Juan no acudía a la llamada le dijo:

—Debe ser Elena que llama... ¿A qué espera usted?

El timbre seguía tocando cada vez con más insistencia y Vautier volvió a decirle:

—Ya ve usted como se impacienta... Me voy, pero anote la dirección de Elena: Avenida Madrid, núm. 96... Eso le ahorrará buscarla... Hasta la vista, porque estoy

seguro de que volveremos a vernos.

Y sin ofrecerle esta vez la mano, recogió el monedero de Elena y salió del restaurante, al mismo tiempo que Juan lo hacía por otra puerta, sin acudir al teléfono que continuaba llamando.

El camarero ante la insistencia de la llamada telefónica entró al reservado y al ver que no había nadie, le dijo a Elena, que era en efecto ella quien llamaba:

—¿Qué desea?

—Haga el favor de avisar al caballero que está en ese reservado, esperando a una dama.

—Aquí no hay nadie, señora—respondió el camarero.

—Bien, gracias—respondió secamente Elena, pensando qué podía haber sucedido para que Juan se hubiese marchado.

Cuando el doctor llegó a su casa, en vez de entrar directamente a ella se quedó en el jardín, seguro de que Juan volvería allí en busca de Elena. Poco tiempo llevaba en su observatorio cuando vio que ante su puerta se detenía un taxi y que de él descendía Juan. Sonrió Vautier pensando en que no se había equivocado y vio como el acróbata daba un salto y se enramaba a las ramas de un árbol que había cerca del balcón de la habitación de Elena. Luego con la agilidad

propia de su profesión llegó hasta el balcón y llamó repetidas veces a los cristales hasta que Elena acudió. Al verlo corrió a abrirle las puertas y lo hizo entrar en la alcoba. Le echó los brazos al cuello y le confesó:

—¿Qué contenta estoy Juan de poder estar a tu lado!... ¡Si supieras cuánto he sufrido aquí!

—¿Sufrir tú?—preguntó con ironía Juan—. ¿Qué te falta? Vives como una princesa, tienes cuanto deseas: joyas, trajes, lujo...

—Sí — respondió con tristeza ella—pero jamás fui feliz sin ti.

—Pues no debes echar nada de menos... ¿Acaso sea tu libertad?

Elena seguía abrazada a su novio, cuando oyeron pasos al otro lado de la puerta y temiendo que fuese el doctor, la joven salió de su habitación dejando encerrado en ella a Juan. Encendió la luz que Vautier no se había cuidado de hacerle al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Quién hay?

El doctor se quitó el sombrero que dejó sobre un sillón, dejó el bastón y le respondió tranquilamente:

—¿Quién quiere que haya, querida?

—Pero, ¿cómo ha entrado, si tenía yo la llave de usted?

El doctor se encogió de hombros y sonriendo burlonamente la replicó:

—Entré de una manera muy ridícula, por la puerta. Su llave estaba en el monedero y me he permitido traérselo. Se lo dejó olvidado en el restaurant.

Le entregó el monedero y al hacerlo sus manos tropezaron con las de Elena y le dijo:

—¿Qué manos más frías!... No deje la ventana abierta, no es tiempo todavía de hacerlo... Además no es prudente... Vive usted en el estresuelo...

Elena se hallaba en un estado de nerviosidad que apenas si podía responder a Vautier que seguía diciéndole con la mayor tranquilidad:

—¿No teme estar sola?... ¿No me pide que la haga compañía?

Pero Elena más que en lo que le decía el doctor pensaba en Juan que se hallaba en su habitación y que temía que cansado de esperar apareciese de pronto, sin importarle la presencia del doctor. Este por su parte con una doble intención, que Elena no adivinaba siguió diciéndole:

—Suponga que un ladrón quiere entrar, pues no tendría más que encaramarse en el árbol... y si era acróbata, mucho más fácil todavía.



- Vele ya, que tu patrón te va a despedir.



Era el prototipo de la muchacha de los barrios bajos.



- Ya sabía que terminaría cenando conmigo.



- ¡Repítelo, ladrón!



- Estoy seguro del
resultado.



- Fue ella la que me
agredió primero.



- ¡Lo encontrará aun-
que tenga que echar
las paredes abajo!



Lo besó ansiosa-
mente



—¿Por qué se llama
«Ray Sol» a Luis XIV?



—¿Usted me preparaba
esas aventuras para
frustrarlas después?



- Perdonen que no les
haya invitado perso-
nalmente.



Miraba a donde
estaba Juan



- No descuiden el
pulso.



- ¿Es muy grave?



Admiraban la pericia
del doctor.



De las heridas manaba
sangre en abundancia.

Juan que oía la conversación del doctor, se convenció de que éste le había visto y para que no fuese a creer que era por miedo por lo que se ocultaba apareció de improviso ante Vautier, que sonriéndole le dijo, sin demostrar la menor extrañeza:

—¿Ah, usted!... ¿Ve como tenía yo razón al decirle que nos veríamos de nuevo?

La frialdad de aquel hombre, su rostro que jamás reflejaba ninguno de los sentimientos que sentía y cuanto había en él de pasivo, irritó a Juan de tal forma que adelantó unos pasos hacia él, al mismo tiempo que Elena se interponía para evitar que pudiesen pelearse. El doctor, sin hacer el menor ademán para defenderse le dijo:

—No tema, Elena. Este hombre tiene gran respeto a mi edad. No es un ladrón vulgar.

—Aquí el único ladrón que hay es usted—respondió enérgicamente Juan—. Fue usted quien me la robó... Nosotros fuimos felices juntos y ese recuerdo no lo borrará ni su dinero ni sus regalos.

El doctor ni intentaba siquiera interrumpirle y le dejaba hablar, comprendiendo que de aquella forma se desahogaba. De sobras sabía él de lo que era capaz un joven enamorado y Juan lo estaba hasta

locura de Elena. Cualquier interrupción que le hubiese hecho habría dado lugar a una violenta disputa y Vautier tenía demasiada seguridad en su puntería para saber que tenía a su rival en su poder y que podría matarlo cuando quisiese. Juan dejándose llevar por aquel impulso superior a su voluntad siguió diciéndole:

—Yo no puedo ofrecerle todo este lujo que usted le ofrece, pero si se viene conmigo nada le faltará.

Se volvió a la muchacha y le dijo insistiendo en su deseo de llevársela:

—¿Oyes Elena? Si quieres venir conmigo parto mañana para Madrid. El rápido sale a las 13'30, te espero en la estación.

El doctor se dirigió a su vez a la muchacha y le dijo completamente tranquilo:

—Ya lo ha oído... El o yo... Yo sólo puedo darle dinero, joyas... él, en cambio, puede darle amor, juventud, la ventura... ¿Creo que no vacilará usted?

Juan se había marchado por el mismo balcón, por el cual había llegado a la alcoba de Elena y ésta quedó sola con el doctor, que se despidió de ella diciéndole:

—Tengo la seguridad de que se marchará usted con él.

Elena bajó la cabeza, sin saber qué responder. Por un lado le atraía aquel lujo de su vida, sus joyas, los halagos de que era objeto, pero por otra parte podía también mucho el amor que sentía por Juan.

El doctor, sin quererla molestar más, se dirigió a sus habitaciones, con la plena convicción de que a la noche siguiente Elena no viviría bajo su mismo techo.

LA HUIDA

Una vez más dió muestras el doctor de conocer el corazón humano, una vez más sus predicciones se realizaron, puesto que próxima la hora señalada, Elena se preparó para marcharse con Juan.

No quiso llevarse nada de cuanto le había regalado el doctor, le parecía que aquello era un robo y que hasta el mismo Juan no se lo habría permitido.

Durante toda la noche anterior había sostenido una lucha trágica, entre su amor y su ambición. Venió el primero y al llegar la hora indicada, Elena partió sin despedirse siquiera del doctor, que presumía cuanto iba a suceder.

En la estación, el tren estaba a punto de partir y Juan miraba para

todos lados, mientras que su compañero tomando a broma aquella aventura deshojaba una margarita y preguntaba burlonamente:

—Vendrá, no vendrá... vendrá, no vendrá...

Pero vino. Minutos antes de emprender la marcha el tren, se presentó Elena, y corrió a esperarla para estrecharla entre sus brazos, mientras decía:

—Temía que no vinieses.

Ella le miró amorosamente y le respondió:

—¡Te amo tanto, Juan!

—¿Te sigue alguien?—preguntó Juan dispuesto a disputársela al doctor fuese en la forma que fuese.

—Nadie—respondió ella—. El sabe que hoy me marchaba, me lo

dijo anoche y esté convencido de que no podía retenerme.

—¿Y como no hiciste esto antes?—inquirió Juan extrañado.

—No lo sé—respondió ella—. Sería tal vez la vida, estaba embriagada por las joyas y los halagos, pero cuando te vi a ti pensé que mi vida y mi felicidad estaban a tu lado.

Subieron al vagón seguidos de Jaime y poco después, el rápido partía para Madrid llevando dentro de él a dos corazones que latían a impulso de un mismo sentimiento amoroso.

El doctor, cuando llegó la hora fué en busca de Elena, aun cuando tenía la seguridad de que ella habría huido. Miró a su cuarto y al ver que sus presentimientos se habían confirmado, cerró las habitaciones pensando en que no tardarían en ser nuevamente ocupadas por su dueña.

El había introducido a la joven en un ambiente de lujo que el acróbata no podría resistir, sin ir inmediatamente a la miseria. El alma de Elena estaba contagiada por el brillo de los brillantes y de las sedas y no podía ya vivir sin ellos. Cuando viese que le faltaban, cuando se diese cuenta de que el lado de Juan le faltaba todo cuanto tenía con él, volvería nuevamente

pero esta vez curada por completo del amor que creía sentía por Juan.

Pasaban los días y el carácter del doctor se hacía más huraño. Cuantos le trataban podían haberse dado cuenta de esta transformación del carácter del doctor, pero nadie se atrevía a decirle nada, temiendo suscitár su indignación.

La única que se atrevió a ello fué su secretaria, mujer de unos treinta años que desde hacía tiempo estaba enamorada de Vautier, sin la menor esperanza de poder conseguir su deseo.

Una mañana estaba trabajando Vautier cuando se le acercó la secretaria y le dijo en tono de broma:

—¿Cómo es que no almuerza hoy?... ¿No vienen a buscarle?

El doctor movió la cabeza en sentido negativo y la secretaria le dijo de nuevo:

—¿Se han disgustado los dos tortolitos?

Sin darse cuenta del estado de excitación en que estaba colocando el doctor siguió diciéndole en el mismo tono de broma:

—El pájaro ha volado... ¡Bah, perdida una se encuentran otras diez... Po.....

El doctor, sin poder contener más tiempo su indignación por las palabras que le decía su secretaria, a quien se le había permitido toda cla-

se de bromas, se exaltó de tal manera que le impuso silencio, diciéndole:

—¡Basta ya! Te he prohibido hablarme en ese tono... ¡No te mezcles en lo que no te importa!...

Pero lo que jamás había pensado el doctor es que aquella mujer estuviese enamorada de él. La secretaria, a fuerza de convivir con el doctor, de seguir sus experiencias, de sufrir sus mismos anhelos y casi ser copartícipe en sus triunfos, había ido sintiendo por el doctor cierta admiración, en un principio, más tarde esta admiración fué convirtiéndose en afecto y terminó amándolo.

La convivencia con ella, la costumbre de verla a diario fueron para el doctor motivos para que jamás se fijase en su secretaria, ni para que nunca le inspirase otro sentimiento que el del cariño que una discípula inspira a su maestro.

—Vautier la quería, era cierto, pero no con amor, ni con ningún sentimiento pasional. Tal vez si ella le hubiese faltado, si no la hubiera tenido cerca de él la habría echado de menos, puesto que era ella quien conocía todos sus secretos y todos sus afanes.

Al verla Vautier llorar se dió cuenta del sentimiento que sentía la joven, comprendió lo que hasta entonces no había adivinado y quiso

ser compasivo con ella, y le dijo cariñosamente, con el mismo cariño que si fuera su padre, al verla llorar, después de su reprimenda:

—«Lloras ahora?... Anda, no seas así... Seca tus lágrimas y ayúdame a trabajar como siempre...

La muchacha, al sentirse acariciada por el doctor, sonrió bondadosamente y los dos se pusieron a trabajar con la misma intensidad que siempre lo hacían. El doctor Vautier llevaba muy adelantado sus experimentos de inyectar en casos cardíacos en el mismo corazón. Hasta entonces toda la ciencia había negado la posibilidad de que ningún paciente pudiera sufrir aquella operación, y Vautier solo esperaba el momento de poder demostrar que su fórmula era exacta y no ofrecía un peligro mortal de necesidad.

Y mientras que el galeno seguía sus estudios, con el único pensamiento de Elena, ésta corría alegremente de una población a otra, entregándose con locura a aquel amor que siempre había vivido en su corazón.

Fueron aquellos días de un vértigo constante. De Madrid los dos enamorados, siempre acompañados de Jaime, se dirigieron a Roma; de allí a Venecia, Berlín, Viena, Londres... Recorrieron en pocas semanas casi todas las principales capitales de

Europa y en su fiebre amorosa, Juan no se daba cuenta de que sus recursos iban agotándose con mucha mayor rapidez que los había ganado. El único que en algunas ocasiones le llamó la atención fué Jaime. Mucho más razonable que su amigo, o tal vez porque no estaba enamorado, se daba cuenta del precipicio hacia el cual se encaminaban y le dijo:

—Juan, esto tiene que acabarse.

—¿Acabarse?... ¿El qué? — preguntó su compañero.

—Esta vida que llevamos... Piensa que hay que cambiar.

—Nunca—respondió Juan—. ¿Puede haber nada más bonito que esta vida cuando se ama?

—Es verdad — respondió Juan—. Esta vida es preciosa, pero es vida para millonarios, no para nosotros.

—También tenemos dinero — exclamó Juan.

—Pero se acabará antes de que tú te des cuenta. Hace más de un mes que no trabajamos. Has rehusado cuantos contratos te han hecho y tu nombre se olvidará si no te decides a trabajar.

Y Juan cuando su compañero le hacía aquellos razonamientos, terminaba comprendiéndolos y prometiéndoles trabajar. Pero el tiempo seguía su marcha y Juan embriagado con el amor de Elena seguía por aquella vertiente aserradora.

Elena era feliz, más feliz que nunca lo había sido y nada le faltaba para que su dicha fuese completa. Juan, en su empeño de rivalizar con el doctor, la agasajaba constantemente y además le ofrecía su amor, aquel amor por el que ella había suspirado tanto tiempo. Nada más podía desear, ni nada más deseaba, a no ser que aquella dicha fuese eterna.

Ninguna nube parecía enturbiar el cielo sonrosado de los dos amantes y vivían aquella dicha con la intensidad propia de su juventud, ansiosa de amor.

Pero todo tiene su fin en el mundo y también habla de tenerlo la pequeña fortuna que poseía Juan. Llegó un momento en que Jaime tuvo que llamarle la atención y decirle:

—¿Crees que podremos seguir mucho tiempo este plan?

—¿Por qué me lo preguntas?—inquirió Juan.

—Porque nuestra cuenta en el banco está dando ya a su fin y si no disminuimos los gastos antes de quince días no tendremos ni para comer.

En vista de aquella situación se mudaron de hotel y fueron a una fonda de menos importancia. El descenso empezaba ya, y Elena iba sintiendo también el cambio de su vida.

La situación, cada vez más difícil, hizo que Juan aceptase el primer con-

trato que le ofrecieron para actuar en París, pero tenían que trasladarse a la capital francesa y carecían de recursos para ello.

Las joyas que Juan compró a Elena sirvieron para reunir algún dinero y en la incómoda tercera partieron hacia la Ciudad Luz.

Elena, acostumbrada a las comodidades ofrecidas por el doctor Vautier, no se avenía de muy buen grado a la escasez a que se veía sometida. Empezaba ya a echar de menos aquella otra vida brillante al lado del doctor, las fiestas a las que asistía imponiendo su personalidad por el lujo que llevaba y la sumisión de cuantos hombres se cruzaban a su paso.

Sin embargo, al lado de Juan nada de esto tenía, con él la vida le ofrecía su reverso y la obligaba a conocer de todo.

Vestida sencillamente, como una muchacha cualquiera, emprendieron el viaje para París y por mucho empeño que puso ella en disimular no pudo evitar que Juan empezara a darse cuenta de que Elena echaba de menos lo «otro», o sea la fastuosidad de su vida anterior.

No obstante, temeroso de perder su amor, temiendo una explicación que pudiera implicar la ruptura, Juan evitaba todo comentario sobre su situación económica y hacía esfuerzos

por hacerla creer que aquella vida le agradaba más que la otra de ostentación y lujo.

Encerrados en aquel departamento de tercera, sufriendo todas las incomodidades de los viajeros que iban en el mismo tren, sin comer apenas por la carencia de recursos, llevaban varias horas de tren, cuando Jaime sacó un bocadillo de jamón, resto de la merienda adquirida en una estación de paso y se dispuso a comérselo.

Juan que lo vio le hizo una seña para que se lo diera a Elena, pero ésta lo rehusó con un gesto de indiferencia, diciéndole:

—No tengo ganas...

Juan se echó a reír y le dijo, como si sintiese una gran satisfacción por hacer aquel viaje en aquella forma:

—No comprendo como hay gente que le guste viajar en primera.

Elena lo miró extrañada de aquella suposición, y Juan quiso explicar sus palabras, diciendo a continuación:

—Aquí se encuentra uno más en familia...

Hacía un calor sofocante y Elena le dijo:

—¿Quieres hacer el favor de abrir una ventanilla?

Juan fué a cumplir su deseo, pero una señora que viajaba con un niño se lo impidió, diciéndole:

—¡No por Dios!... Mi chico está algo delicado y no le conviene el aire....

Ni aun aquello podía disfrutar Elena y se arrinconó en su sitio.

El niño, al ver a Jaime que se disponía a comerse el bocadillo, se echó a llorar y le dijo a su madre:

—Mamá, yo quiero de eso...

Su madre, casi le quitó el bocadillo a Jaime y se lo entregó al pequeño, diciéndole al artista:

—Gracias, señor... Le gusta mucho el jamón.

El tren seguía su marcha vertiginosa, y Elena cada vez sentía más los efectos del calor. Un ahogo le scondojaba la garganta, y Juan al darse cuenta le preguntó:

—¿Qué tienes?... ¿No te sientes bien?

—No sé lo que me pasa—respondió la muchacha levantándose para irse al pasillo y respirar mejor... Me ahogo aquí dentro.

Juan la vió salir y quedó sumido en sus tristes pensamientos, mientras que su amigo le decía:

—¿Crees que ésta es una vida para ella?

—Elena me ama y no echa de menos nada a mi lado—respondió convencido Juan.

Jaime movió negativamente la cabeza y le dijo:

—No te hagas ilusiones, Juan. Eso de que «contigo pan y cebollas» pasó ya, era un refrán de otros tiempos. Ella echa de menos su vida anterior, esa vida que tú no le puedes dar.

Juan le miró casi agresivo y le dijo:

—¿Parece que te agrada mortificarme?... ¿Por qué me hablas así?

—Porque soy tu amigo y sabes que te quiero como a un hermano. Hay que hacer algo si no la quieres perder... Olvidas por ella tu trabajo y por eso vamos mal.

Juan se encogió de hombros haciendo un gesto de indiferencia y su compañero volvió a decirle:

—Tú dirás lo que quieras, pero interiormente sabes que tengo razón. Mira si hace tiempo que preparamos nuestro nuevo número y nada todavía... Si pusieras interés, en tres semanas debutábamos en el Empire y éramos la sensación del espectáculo.

Juan, como decía su amigo, interiormente comprendía que su compañero tenía razón y le dijo:

—Dices bien. Hay que hacer algo para no perderla. Ensayaremos todos los días nuestro nuevo número y en menos de tres semanas podremos ejecutarlo en público... Ya verás como otra vez vuelvo a ser lo que era.

CAMBIO DE VIDA

Y cumplió aquella vez su palabra Juan. Desde su llegada a París, alojándose los tres en una fonda de poca importancia, Juan se dedicó a ensayar su nuevo número que consistía en tirarse de un trapecio a otro con los ojos vendados y suprimiendo la red. Era un número difícilísimo, pero los dos amigos ponían en él todo su interés convencidos de que aquel número había de proporcionarles ventajosísimos contratos.

Ni un solo día dejaron de ensayar y por esta causa Elena se vió algo menos solicitada por su amante.

Aquello dió lugar a que la joven pensase más aún en su situación, tan diferente a como era antes su vida en aquel París, donde ella había triunfado. No era esto motivo para que amase menos a Juan, se-

guía amándole lo mismo que antes, ya que él había sido el único amor verdad de su vida, pero tampoco era impedimento aquel sentimiento para que la muchacha recordase con añoranza lo que había sido antes.

Cuando pasaba por un escaparate y veía aquellos vestidos carísimos, aquellas joyas que ella había lucido en otro tiempo, suspiraba con tristeza, pensando que lo bastaría volver al lado del doctor para poderlos tener nuevamente. Pero ante este pensamiento aparecía el recuerdo de Juan y terminaba éste por eclipsar la natural coquetería femenina.

Jaime estaba contento de su compañero esta vez. Sus propósitos de trabajar se estaban realizando y una única preocupación le atormentaba en aquellos días. Era la de Elena,

Temía un encuentro de ella con el doctor y que la muchacha, cegada nuevamente por el brillo de la opulencia del médico, pudiera huir de su amigo. Aquel abandono sería para Juan algo superior a sus esfuerzos y tiraría por tierra todos los futuros triunfos. Sabía por experiencia, que un artista para triunfar ha de estar libre de preocupaciones y más en un género como el de ellos, en el que diariamente se jugaban la vida.

Pero hasta entonces la vida de Elena no podía ser más elogiable. Se comportaba como una mujercita y para nada hacía mención de su vida pasada y la escasez en que se desliraba la presente.

Nada supieron de Vautier y únicamente, de cuanto en cuando, Jaime leía alguna noticia en los diarios dando cuenta de algún nuevo éxito científico del médico y procuraba que aquellos diarios desapareciesen para que Elena no pudiera leerlo. Pensaba que quien quita la ocasión quita el peligro y Jaime parecía ser el verdadero amante de Elena, que procuraba por todos los medios evitar que huyese. Sin embargo, Vautier había seguido meticulosamente toda la vida de Elena. Sabía perfectamente lo que había hecho desde que se fué de su lado. Sabía sus principios de ostentación y se enteró después de cómo había ido decayen-

do todo aquel falso oropel del que la había rodeado Juan, hasta llegar nuevamente a ser la mujer indiferente, casi como él la conoció.

Supo también su vuelta a París y adquirió la certeza de que no le sería difícil apoderarse nuevamente de Elena. Le faltaba a ella lo que su alma ansió siempre. El no le podía ofrecer aquel lujo con el que el doctor la rodeó y acostumbrada a ser admirada y envidiada en el corazón de la joven no le sería difícil despertar nuevamente el sentimiento vanidoso.

En esta circunstancia procuró verla, pero le fué imposible hablar con ella. Siempre que la vió iba acompañada de Jaime o de Juan, y el doctor, siguiendo la táctica que se había propuesto, ni siquiera se acercó a ella ni se dejó ver.

Los continuos ensayos de los dos artistas de su nuevo número, dieron por resultado que a los pocos días pudieran realizarlo con una exactitud matemática, con una precisión admirable, sin el menor temor de que pudiera ocurrir ninguna desgracia. En estas condiciones, se anunció el debut de los dos acróbatas en el Empire, como el espectáculo más sorprendente de cuantos habían visto.

La reclame del empresario fué eficaz y en París se suscitó cierta es-

pectación por ver el trabajo de los artistas.

La víspera del debut, el ensayo tuvo lugar en el teatro y mientras que en el escenario ensayaban otros artistas, Juan y Elena esperaban en el patio de butacas que le llegase el turno al primero.

Por fin, Jaime llamó desde el escenario a su amigo y éste subió a donde estaban los trapezinos, diciéndole antes a Elena:

—Fíjate bien... Si ves algo que no marcha, dímelo.

Elena quedó sola y no vió que en una de las puertas que daba entrada a la sala de butacas el doctor Vautier la espiaba. Cuando vió que se había ido Juan, llamó a una empleada del teatro y le dijo:

—Dígame a la señora aquella—e indicó a Elena—que la espera aquí un caballero que tiene precisión de hablar con ella, en seguida.

Salió fuera de la sala y al poco tiempo apareció Elena, que al verlo no pudo reprimir un gesto de asombro.

El doctor, con aquella serenidad de siempre sonrió, sin reprocharle en lo más mínimo su huida y quiso explicar su estancia allí, diciéndole:

—He venido a adquirir unas localidades y la he visto... Perdóneme

que no haya podido resistir el deseo de hablarla.

Elena, muda por la sorpresa, no supo que contestarle y el doctor, cada vez más afectuoso, siguió diciéndole:

—No ha cambiado usted en absoluto... Quizás un poco más pálida...

Elena suspiró pensando que aquella palidez tenía su explicación en su nueva vida, y el doctor siguió diciéndola:

—No le pregunto si es feliz, porque se lo ve en la cara.

De sobras sabía él que Elena no era feliz. De sobras comprendía que ella, que estaba hecha a triunfar en un ambiente de exquisita elegancia, no vivía a gusto en aquella vida farrandulera y casi miserable. Tal vez por eso mismo quiso el doctor tocar la llaga sangrante de la joven y le habló de su felicidad.

Elena suspiró con tristeza y engañándose a sí misma, le respondió:

—Sí, soy muy feliz... Mucho más de lo que pensaba.

—Cuánto lo celebro! — exclamó el médico, seguro de que la joven le menta—. No hay más que verla para adivinarlo... ¿Habrá usted realizado un viaje magnífico. Hoy los trenes ofrecen todas las comodidades de un hogar, nada se echa de ver en ellos.

—En efecto—respondió ella—. Los trenes ofrecen muchas comodidades para viajar bien.

El doctor, sin darle a entender que sabía todo lo que había pasado, le dijo nuevamente:

—Sin embargo, aun hay gente que sufre en los viajes. Claro, que son esos pobres viajeros de tercera... Es horrible un departamento de esos, donde la gente va hacinada faltándoles hasta el aire.

Elena pensó en el que ella había hecho y comprendió la razón que tenía el médico en compadecer a los que viajaban de aquella forma. No obstante, no quiso decirle nada de ello y calló, para que él volviera a insistir, diciéndole:

—Veo además que ha dejado usted de ser una mujer de gusto... Viste usted con extremada sencillez...

—Sí—respondió Elena, para mortificar al doctor—procuro olvidar todo lo pasado.

—No obstante, nunca es malo recordar las que fueron de gloria y de triunfo. ¿Se acuerda la espectación que producía su presencia en este mismo teatro? Aún recuerdo que cuando aparecíamos en el palco todos los hombres la miraban para admirarla y todas las mujeres se fijaban en usted para envidiarla... Llegó

usted a ser la mujer más elegante de París...

Las palabras del doctor iban recordando a la joven todo cuanto ella había sido. Mentalmente hizo la comparación de lo que ella significaba en otro tiempo cuando aparecía en aquel mismo teatro, y lo que era ahora. Entonces, el murmullo de la admiración llegaba hasta ella; ahora, sin embargo, era la más absoluta indiferencia la que la recibía.

El doctor, sin querer alargar por más tiempo aquella conversación, pensando que ya había dicho bastante para inquietar a Elena y para hacerla sentir el desecho de aquella otra vida, intentó marcharse diciéndole:

—¿Mañana es el debut, verdad?

—Sí—respondió ella—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque pienso venir—dijo él—. Si usted me lo permite entraré a saludarla a su palco.

Elena hubiera deseado negarse, decirle que no, pero había en las palabras del doctor tales promesas, a la vez que tal dominio, que repuso:

—Está bien... Hasta mañana noche.

—Adiós—respondió el doctor—. Acuérdesse de su promesa.

Echó a correr hacia la sala, temerosa de que Juan hubiera notado su

ausencia y cuando llegó encontró a Juan que desde el escenario la buscaba, una vez terminado el ensayo.

—¿Dónde estabas? — le preguntó Juan.

—Salí hace un segundo—respondió ella.

Juan, sin darle importancia al hecho, le dijo:

—Da la vuelta y ven a verme al camerino.

Se dirigió él también hacia su camerino y cuando entró encontró allí a Jaime. Satisfecho por la exactitud con que habían realizado el número, le preguntó a su compañero:

—¿Te ha gustado?

—Creo que será un éxito verdad—respondió cabizbajo Jaime.

Juan le vio tan pensativo, que le preguntó extrañado:

—¿Qué te pasa?... ¿No estás contento?

—Sí, mucho; pero hay otra cosa que me preocupa.

—¿Qué es?—respondió Juan sonriendo—. ¿Temas acaso que mañana no me salga tan bien? Tu cariño siempre te hace temer por mí.

Pero no era aquello lo que le preocupaba a Jaime. El tenía seguridad en su amigo y sabía que el número lo realizaría sin peligro. Era algo más importante lo que le preocu-

paba y no pudo menos que decirse lo:

—Al ir a comprar cigarros, ¿sabes a quién he creído ver?

—¿A nuestro anterior empresario? —preguntó Juan.

—No, al doctor Vautier—exclamó Jaime.

Juan, que estaba limpiándose el sudor, abandonó la tohalla y se quedó mirando a su compañero, a la vez que le preguntaba:

—¿No habrá sido un parecido?

—No — respondió con firmeza Jaime—. Te aseguro que era él.

—¿Dónde lo has visto?

—Saliendo del teatro... No sé a qué habrá venido, pero ese hombre me es antipático a más no poder.

—¡Y yo le odio!—exclamó a su vez Juan.

En aquel momento entró Elena y al ver la cara de los dos amigos, no pudo menos que preguntar:

—¿Qué os pasa?

—Nada—respondió Juan—. Jaime que ha creído ver aquí a Vautier.

Elena hizo un esfuerzo sobre sí misma para aparecer serena, y Juan le preguntó anhelosamente:

—Supongamos que fuera él, que viniera a buscarte, ¿qué harías?

—No hacerle caso — respondió la joven.

—Es que ya sabes que no podría

soportar que te hablara... Si lo intentara, ¿lo despedirías?...

—Claro que sí — respondió Elena, intentando devolver la tranquilidad a Juan.

—¿Me lo juras?— insistió Juan.

—Te lo juro — terminó diciendo Elena.

Y su amante, para premiar aquel juramento, la estrechó en sus brazos y la besó con más amor que nunca, si posible hubiera sido.

EL DEBUT

Nada alteró la vida de los tres amigos, nada podía hacer sospechar un desenlace funesto, y Juan, por el contrario, se encontraba animoso y alegre, al ver que aquella noche iba a confirmar su fama de artista excepcional. Más que su triunfo lo que le halagaba era el pensar de que con aquel éxito podría nuevamente ganar mucho dinero para poder mantener a Elena en un ambiente muy superior al que ahora vivían.

Todas sus ilusiones estaban cifradas en aquella noche, en su triunfo, y deseaba impacientemente que llegara el momento de actuación.

Jaime que lo veía, procuraba tranquilizarle, diciéndole:

—Te advierto que si sigues en ese estado de nerviosidad poco podrás hacer.

—¿Por qué? — preguntó Juan.

—Porque el número necesita gran serenidad... Ya sabes que cualquier fallo puede ser mortal.

Juan se echó a reír optimista, y respondió:

—Descuida, tengo seguridad en mí y... en tí.

Y el optimismo de Juan llegó a contagiar a su amigo y nada más volvieron a hablar de su trabajo de aquella noche.

Antes de dar comienzo el espectáculo, la sala del Empire se hallaba abarrotada de público. Existe en todas las poblaciones un gran tanto por ciento de público que le gusta admirar todos esos trabajos peligrosos en los que se juegan la vida los que lo realizan. Es un sentimiento incomprensible de morbosidad que

se siente sin darse cuenta, sin que el mismo aficionado a ello pueda explicárselo, pero que induce a llenar todas las salas donde se realizan cualquiera de estos ejercicios peligrosos.

El anuncio del número de Juan, de aquel ejercicio no realizado por acróbata alguno, dió lugar a que el Empe registrara un lleno como nunca lo había visto y a que el empresario felicitarase a los dos amigos por el éxito que aquello hacía prever.

En un palco próximo al escenario se hallaba Elena esperando el momento de la actuación de su novio.

Pero más que nada, más que el peligro que corría él, la preocupaba en aquel instante el doctor Vautier. Esperaba su llegada con deseo, y sin embargo, la temía. Sabía que él no faltaría a su palabra, pero por otra parte hubiera deseado que a estuviera allí.

Iban desfilando los números entre la indiferencia de los espectadores y Vautier aun no había llegado. Elena empezaba ya a impacientarse ante su ausencia, cuando en el público se hizo un silencio de expectación.

El director salió a escena y dirigiéndose al público le advirtió del número próximo, diciéndole:

—Respetable público... Los célebres virtuosos del trapezio van a ejecutar su doble salto mortal... Primeramente lo harán con red y luego lo

repetirán sin ella y con los ojos vendados... Ruego al público el mayor silencio.

En aquel momento aparecieron en el escenario Juan y Jaime, y con la agilidad propia de unos grandes acróbatas subieron a los trapezios. Realizaron algunos trabajos sin importancia, pero que el público premió, como anticipo del número que iban a realizar después.

Elena sintió que la puerta de su palco se abría y al volverse vió a Vautier que entraba y se colocaba tras ella.

Experimentó entonces el miedo de que su novio la pudiera ver con él y le suplicó angustiosamente, al ver que hacía ademán de sentarse:

—Se lo ruego... no se quede aquí.

—¿Por qué?—respondió el doctor.

—¿Tengo miedo de que le vea?—le dijo la muchacha.

El doctor sonrió. Desde el momento en que ella procuraba ocultarse a los ojos de Juan era una señal de que estaba dispuesta a tratar con él. Esto fué lo que más le decidió a no atender el ruego de la muchacha y se colocó medio oculto por la cortina del palco, diciéndole:

—No tema, aquí no podrá verme... Tranquilícese.

—Es que en este número puede matarse—insistió ella.

—Eso dicen todos los artistas para

excitar la morbosidad del público, pero ellos son los primeros en estar seguros de que no corren ningún peligro.

Los acróbatas, o mejor dicho Juan, dió el salto mortal con la red extendida y todo salió tal y como él lo había calculado.

De pie en su trapecio esperaba que quitasen la red protectora, cuando al fijarse en el palco de Elena vió en él a Vautier. Fué tal la palidez de su rostro que Jaime lo advirtió y le preguntó:

—¿No te sientes bien?

—Sí — respondió secamente su amigo—. Pero su gesto decía todo lo contrario que sus palabras, y nuevamente su compañero le dijo:

—¿Qué te pasa?... Si no te sientes bien harías mejor en dejarlo.

—Estoy bien—respondió Juan—. Tengo seguridad en mí.

Pero su vista no se apartaba del palco de Elena, hasta que su compañero le vendió los ojos. Había llegado el momento supremo de la ejecución, y Elena miraba ansiosamente hacia donde estaba Juan, sintiendo que su corazón palpitaba aceleradamente por la posibilidad de una desgracia.

En toda la sala se produjo un silencio absoluto. Era el instante de aquella emoción que el público había ido a buscar, el momento cumbre

del espectáculo y todas las miradas estaban fijas en aquel hombre que dentro de unos segundos iba a juzgarse la vida.

Jaime, sujeto por las piernas en el otro trapecio se balanceaba en el aire esperando el momento de que su compañero se lanzase al aire para recogerlo antes de que llegara al suelo.

De pronto sonó la voz de Juan gritándole «¡Ahora!» y se lanzó desde su trapecio, dió dos vueltas en el aire y fué a caer a las manos de Jaime, que las aprisionó fuertemente para que no se le pudiera escapar.

El número había sido realizado y el público aplaudía entusiasmado, aclamando a los artistas.

Cada uno de ellos desde su trapecio, saludaban al público y Juan seguía, una vez desvendado, mirando el palco donde estaba Elena y el doctor. Por más que éste hacía por ocultarse, Juan lo miraba y poco a poco sentía que iba perdiendo el dominio de sus fuerzas. Sentía un malestar interior inexplicable, hasta que de pronto una palidez mortal le cubrió el rostro, una nube se interpuso ante sus ojos y se desplomó de la altura del trapecio contra el escenario.

En toda la sala resonó un grito de terror, un alarido de espanto, mientras que en un charco de sangre permanecía inmóvil el cuerpo de Juan.

La trágica atracción había tenido un final funesto e inesperado.

Corrieron todos a prestar auxilio al herido, y Elena encarándose con Vautier, le dijo enérgicamente:

—¡Váyase usted!

El doctor comprendió la angustia de aquella orden y sin oponerse salió del palco y se fué hacia la puerta a esperar el resultado de aquel accidente, que él, desde su puesto, advirtió que era mortal.

Corrieron los empleados del teatro a auxiliar el herido, mientras otros llamaban urgentemente a una ambulancia para transportar a Juan a una clínica donde pudiera hacerse una cura inmediata.

El espanto entre el público había dado lugar a que muchos de los espectadores se levantaran para marcharse. De pronto volvió a levantarse el telón y el director de escena llamó la atención de cuantos había en la sala, diciéndoles:

—Respetable público. El accidente que acaba de ocurrir no impide para que el espectáculo continúe. Ruego a los señores que perdonen la dilación de unos minutos, lo suficiente para cambiar la decoración y poder continuar los siguientes números.

Quedó relegada la tragedia entre todo aquel público que había ido a emocionarse con el número de

Juan, con aquel ejercicio en el que se jugaba la vida de un hombre solamente por el deseo de producir la emoción entre los que se hallaban allí para admirarle.

Sin embargo, dentro del teatro, en el camerino del artista todo era agitación y angustia.

Tendido sobre un sofá, el pobre Juan se hallaba con la cabeza ensangrentada por la sangre que manaba de sus heridas y permanecía con los ojos cerrados, sin darse cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor.

Junto a él se hallaba su inseparable compañero que lloraba amargamente la desgracia ocurrida a su amigo de toda la vida. En su corazón se albergaba en aquellos instantes una amargura infinita y espiaba el menor movimiento de Juan esperando ver recobrar otra vez en aquel cuerpo para él tan apreciado.

Elena, salió corriendo de su palco, atravesó los pasillos que la conducían al camerino de Juan, con el terror pintado en el rostro. Algunos compañeros del trapealista que la conocían, intentaron detenerla para que no entrase en el camerino y viese en el estado en que se hallaba Juan, pero ella los rechazó enérgicamente diciéndoles:

—¡Dejadme!... ¡Quiero verle!... ¡Necesito estar a su lado!

Y salvándose de ellos siguió su carrera hasta llegar al camerino del artista.

Al verlo tendido en el sofá dió un grito de dolor y cayó de rodillas junto a él llorando amargamente.

Era tal el dolor que denotaba en aquellos momentos, tal la angustia que sentía que algunos compañeros se acercaron a ella para consolarla y le dijeron:

—Elena, no se apure... No es tan grave como parece... Ya verá como se cura...

Pero la joven seguía llorando amargamente sin que hubiera palabras posibles para tranquilizarla.

Por fin llegó la ambulancia y Juan fué puesto en una camilla para ser conducido a la clínica. Ni aun en aquel instante, al ser transportado el herido tuvo fuerza para abrir los ojos. Era un cuerpo inerte del cual podía hacerse lo que se quisiera, sin temor alguno.

Elena miró ansiosamente a Jaime y con el alma puesta en sus labios le preguntó:

—¿Se salvará?

Jaime tuvo compasión de ella. Se dió entonces cuenta de que aquella mujer amaba de verdad a su amigo. La contempló en su dolor como a una pobre Magdalena y acariciándole la mano, le dijo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—Claro que se salvará... ¿Por qué no ha de vivir?

Elena reclinó la cabeza sobre el pecho de Jaime y sus sollozos se mezclaron con los latidos de aquel generoso corazón, que sufría inmensamente en aquellos momentos pensando en la desgracia de su compañero.

—Váyase a casa, Elena—le dijo Jaime—. Yo le telefonearé desde la clínica.

—Imposible — protestó ella—. Necesito verlo, estar a su lado... Quiero que me hable, oírle otra vez.

—No podrá usted resistir—le dijo Jaime—. Hágame caso y váyase.

Ella le miró enérgicamente, tal y como si fuera su enemigo, y exclamó:

—¡Le he dicho que no!... ¡No habrá poder humano que me separe de su lado!

—Entonces, ¿qué quiere usted hacer?

—Iré a la clínica y estaré a su lado hasta que esté curado... Yo le hago falta y quiero cumplir con los dictados de mi corazón... ¡Si usted supiera cuánto le amo!

Le decía esto como si quisiera justificar ante los ojos de Jaime su conducta anterior. Como si quisiera disculparse de haber recibido en su palco al hombre causante de la desgracia de Juan. Pero Jaime no se daba

cuenta de ello, no podía adivinar el sentido de aquellas palabras y la acarició como si fuese una hermana y le dijo:

—Está bien, Elena, iremos juntos y estaremos al lado de Juan. Tengo la esperanza de que nada funesto ocurra y cuando recobre el conocimiento que sea a nosotros dos, que tanto le queremos, las primeras personas que encuentre a su lado.

Salieron del camerino y se dirigieron hacia la clínica para estar al lado del herido todo el tiempo que durase su permanencia en el benéfico establecimiento.

En aquellos momentos era cuando Elena se daba cuenta de todo el amor que sentía por Juan. En aquellos instantes en que su vida corría peligro eran cuando la joven se daba cuenta de todo lo que representaba el artista en su vida y cuando también se confesaba a sí mismo de que ni el lujo, ni la riqueza de que pudiera rodearla Vautier, podía com-

pararse con la grandeza de aquel sentimiento que embargaba toda su alma, en efluvios de los más puros sentimientos. Juan era toda su vida, todas sus ilusiones, todo el ensueño de una quimera amorosa y en aquellos momentos de lucha entre la vida y la muerte es cuando más convencida estaba la joven de su amor imperecedero por él.

Nada le importaba la pobreza al lado de Juan, ni siquiera la miseria, puesto que por encima de todo aquella resplandecía la luz de su pasión.

Vautier, en la puerta, vió llegar la ambulancia, se enteró de la clínica a que pertenecía y tomó un auto dando orden al chofer para que lo llevase al mismo establecimiento benéfico.

Interiormente se acusaba a sí mismo de haber dado lugar a aquel accidente y estaba dispuesto a poner de su parte cuanto fuera preciso para reparar el daño cometido y devolver a Elena el hombre que amaba.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Poco después, Elena acompañada de Jaime, llegaron a la clínica donde estaba Juan. El doctor Vautier había examinado al herido y sus compañeros de ciencia movieron la cabeza, diciéndole:

—Es inútil cuanto se haga... No hay manera de salvarlo. Ha sufrido un ataque cardíaco además de las heridas que sufre.

Vautier miró a los doctores y les dijo:

—Señores, el caso es difícilísimo, pero creo que podremos salvar la vida de este hombre.

Los demás doctores, a pesar de la supremacía que reconocían en Vautier, dudaron de lo que decía en aquel instante, pero él siguió diciéndoles, sin hacer caso de los ges-

tos de dudas que expresaban sus colegas.

—Hay que hacer inmediatamente una operación... Si se tarda unas horas este hombre morirá... Preparren todo lo necesario... Llamen a mi secretaria... y que me traiga mis inyectables.

Mientras se hacían todos los preparativos para la difícil operación a que tenía que ser sometido Juan, llegaron a la clínica Elena y Jaime.

La muchacha iba enloquecida de espanto y de dolor. Había visto el rostro ensangrentado de su novio y apenas podía decir palabra, por la nerviosidad de que se hallaba poseída.

Cuando llegaron a la clínica, todo estaba preparado en la sala de

operaciones para llevar a efecto la intervención quirúrgica. Los dos jóvenes tropezaron con uno de los doctores del establecimiento benéfico y Elena le preguntó ansiosamente:

—¿Ha visto usted a un herido que han traído ahora mismo?

—Se refiere usted al artista del Empire?—preguntó el otro.

—Sí, señor—intervino Jaime.

—Dígame, señor—preguntó Elena.—¿Es muy grave?

—Gravísimo—respondió el médico.—Es un caso muy serio...

—¿Cree usted que morirá?—preguntó con igual ansiedad la muchacha.

El médico hizo un gesto de duda, como dándole a entender que era muy difícil contar con la vida de aquel hombre, y al final, para ofrecerles alguna esperanza, terminó diciéndoles:

—No puede estar en mejores manos... Si él no le salva...

—¿Y quién es?—preguntó otra vez Elena.

—El doctor Vautier... El mejor cirujano que tiene Francia...

—¡No!—gritó horrorizada Elena.—¡Eso no puede ser!

—Le aseguro que es cierto—insistió el médico.—El mismo ha sido el que solicitó hacer la operación.

Elena tuvo un terrible presentimiento. Pensó que el doctor Vautier había visto en aquella operación el medio de librarse fácilmente y sin ninguna responsabilidad de Juan. Llegó incluso a la convicción de que si Vautier había solicitado ser el que operase al herido había sido solamente con el deseo de que no saliese con vida de sus manos.

Ante estos pensamientos, ante aquel temor, Elena se agarró al brazo de Jaime y le dijo angustiosamente:

—Jaime, hay que hacer algo... Va a matarle... ¿No has oído al médico lo que ha dicho?

Jaime también pensaba como Elena, pero comprendía que ninguno de los dos podían prohibir que Vautier operase a Juan.

La situación no podía ser más angustiosa y Elena, decidida a todo, estaba dispuesta a entrar e impedir que Vautier operase a Juan. Temía la venganza de aquél y este temor no la dejaba razonar.

Mas, antes de que pudiera hacer nada, aparecieron varios enfermeros conduciendo una camilla sobre la cual iba Juan. Llevaba el rostro ensangrentado por las heridas sufridas y miró inexpressivamente a Elena, pero sin poderle decir una palabra.

La muchacha dió un grito de es-

panto y un enfermero la cogió por un brazo y amablemente la sacó al salón de espera, diciéndole a Jaime que fué con ellos:

—Procure retenerla aquí, de lo contrario nos veremos obligados a hacerla salir.

—Descuide usted—le prometió Jaime.

Cuando llevaron al herido a la sala de operaciones, todos los médicos se hallaban ya preparados para asistir a aquella importante operación y en el rostro de Vautier se advertía la intranquilidad de que se hallaba poseído. Por primera vez en su vida demostraba sus sentimientos, pero aun en este caso, su nerviosidad duró tan sólo hasta el momento en que vió entrar al herido.

Miró a todas partes para asegurarse que todo estaba preparado y que nada había sido olvidado por su enfermera, y una vez con este convencimiento, se acercó al herido. Este abrió los ojos y al ver a Vautier lanzó un grito de desesperación y exclamó, intentando levantarse:

—¡No!... ¡No quiero!... ¡No!

Vautier comprendió a que se debía el miedo del herido y ordenó a una de las enfermeras:

—La mascarilla.

Aplicó la enfermera la mascari-

lla de cloroformo, y poco a poco Juan fué quedando en un estado de completa inconsciencia.

Sus palabras iban siendo cada vez más débiles hasta que finalmente terminó por ser un cuerpo insensible a todo.

Vautier llamó a otra enfermera y le dijo:

—Coloque la muñequilla y vigilen la tensión arterial.

Hecho esto, empezó el doctor con una rapidez sorprendente a operar. No tenía un momento de indecisión. Seguro de lo que había de hacer iba operando con una confianza tal, que los médicos que estaban a su alrededor se miraban unos a otros de cuando en cuando, para expresar en aquellas miradas, la admiración que les producía la pericia del cirujano.

Las enfermeras, atentas a sus menores indicaciones, iban entregándole los instrumentos a medida que él iba extendiendo las manos, hasta que de pronto una de ellas llamó su atención, diciéndole:

—El corazón falla!

Vautier miró el aparato que indicaba los latidos del corazón e hizo un gesto de contrariedad. Había creído encontrar en aquel hombre mayor fortaleza física y se encontraba ahora con que le fallaba lo más esencial. El momento era de

una gravedad inminente. Las heridas abiertas por el bisturí del médico requerían continuar la operación inmediatamente y por otro lado Vautier se encontraba con la falta de resistencia de aquel ser cuya vida estaba en sus manos. Durante unos segundos siguió con la mirada fija en el aparato y al ver que éste seguía descendiendo, exclamó:

—Venga una inyección!

Le aplicó una inyección y nuevamente el corazón empezó a latir con mayor normalidad.

—No descuiden el pulso—ordenó Vautier—. Al menor síntoma, avísenme.

Esperó a que todos estuviesen otra vez preparados y preguntó a su secretaria, que era en quien tenía toda la confianza:

—¿Puedo continuar?

—Sí, señor—respondió ella.

Nuevamente continuó su operación ahora con mayor tranquilidad, pensando que uno de los peligros más difíciles de resolver estaba ya resuelto.

Mientras en la sala de operaciones iba Vautier realizando su gran operación, fuera de ella Elena lloraba amargamente y Jaime se paseaba de un lado a otro, sin poder contener su nerviosidad.

Los minutos que pasaban les parecían a los dos amigos horas interminables, y cada vez que pasaba un

enfermero, se acercaban a él a preguntarle:

—¿Se sabe algo de la operación?

—Nada—le respondían.

—¿Pero usted cree?

—Nosotros no podemos saber nada... La entrada a la sala de operaciones, cuando se realiza alguna está prohibida a todo el mundo.

Y en aquella espera interminable la angustia de los dos jóvenes era angustiosa, casi mortal.

Vautier, continuaba la operación con una serenidad asombrosa... Por nada se intranquilizaba y cuantos le rodeaban miraban admirados aquella pericia del doctor.

Al cabo de un cuarto de hora, la secretaria llamó la atención del doctor, diciéndole:

—Se pierde el pulso.

—Me lo temía—exclamó Vautier—. Aprisa, una inyección intercardiaca.

Era la primera vez que Vautier iba a probar su experimento. La primera vez que iba a inyectar su suero y lo hacía comprendiendo que era la única forma de salvar la vida.

Si su invento daba resultado, el herido podría sufrir la operación hasta el final y su vida estaba fuera de peligro.

La secretaria llenó la jeringuilla de aquel suero y se la entregó a Vautier. Fué éste el único instante en

que se vió vacilar a Vautier. A pesar de su seguridad en los efectos de aquel suero, no obstante tenía cierta duda en aplicarlo. Por fin, convencido de que era el único medio de poderlo salvar, exclamó:

—No hay más remedio—y pinchó decidido sobre el pecho del herido, inyectándole el suero.

Esperó durante unos segundos la reacción, y la secretaria que no perdía de vista el aparato para contar las pulsaciones, le dijo:

—Se va reanimando... Más... Más... Ya está en su pulso normal.

Vautier dió un suspiro de satisfacción como si le hubiesen quitado un peso de encima y continuó su trabajo.

Elena vió salir a dos o tres enfermeros, y oyó que uno de ellos le decía al otro:

—Es un sabio... Hace hora y media que está operando... Nadie más que él es capaz de hacer una operación así.

¡SALVADO!

Por fin la operación quedó terminada y un murmullo de voces se dejó oír. Elena y Jaime se levantaron para ver de qué se trataba y vieron a Vautier rodeado de los demás médicos, que le decían admirados por la operación que acababa de llevar a efecto:

—Es una lástima que un hombre como usted no practique más a menudo...

Vautier sonreía, sin darle importancia a aquellas muestras de admiración y sus colegas continuaban diciéndole:

—Ya puede estarle agradecido este hombre... Le debe a usted la vida... Ha sido algo sorprendente...

—Bah, eso no tiene importancia... Tenía gran empeño en que es-

te hombre no muriese... Iba en ello algo más importante que mi reputación científica—respondió Vautier, siguiendo por el pasillo sin ver a Elena.

Poco después pasó la camilla en la que iba sin conocimiento Juan y un enfermero les dijo:

—Pueden ustedes pasar, pero no le molesten.

—¿Hay peligro? — preguntó Elena.

—Todavía sí... Pero el doctor Vautier ha hecho un milagro... Le ha devuelto la vida...

Elena, sin pensar en el sacrificio del doctor, con el egoísmo propio de todo ser enamorado que ve en peligro su amor, corrió a la sala donde estaba Juan y se sentó junto a su

cama esperando que pasaran los efectos del cloroformo.

Vautier, cuando terminó de lavarse y vestirse, preguntó:

—¿Dónde está la joven que acompañaba al herido?

—Está a su lado—le respondieron—. Lloraba de alegría...

Vautier meditó unos segundos. Pensó que contra el amor no hay fuerza que se imponga. ¿De qué le había valido todo su dinero y todo su talento en aquella ocasión?... Creyó aquella misma noche que volvería a conquistar a Elena, pero había bastado que viese en peligro a Juan, para que gritase en su corazón el verdadero amor y no pensase más que en él. Era inútil seguir luchando contra aquella pasión que unía a los dos jóvenes. Contra aquello no había ciencia humana que pudiese. Convencido de ello, pensó que lo mejor era buscar el olvido, alejarse de ella y dejar que los dos viviesen aquella vida a que tenían derecho... El mismo se asombraba de lo que acababa de hacer. Le parecía mentira como había podido salvar la vida de su rival. Le habría bastado un segundo para deshacerse de él, para dejarlo morir sin que su reputación como médico hubiese sufrido lo más mínimo y además sin tener que responder de la vida de aquel hombre que estaba en sus manos.

Uno de los doctores de la clínica, sin poder adivinar los graves pensamientos que en aquellos momentos nublaban la mente de Vautier, le preguntó:

—¿Volverá mañana?

¿Para qué había de volver? se preguntó a sí mismo el doctor. ¿Qué podía esperar ya de aquella mujer que lloraba junto al lecho del herido? Tuvo miedo de sí mismo, miedo de no poder contener sus celos, y decidido a alejarse de ella, le respondió a su colega:

—¿Para qué voy a volver? Habiendo tenido éxito la operación, ya no me interesa nada más... Ustedes pueden cuidarle.

Los colegas lo acompañaron hasta la puerta de la clínica, seguido de su fiel secretaria.

Empezaba ya a amanecer cuando Vautier salió de la clínica. Una neblina fría azotaba el rostro de los viandantes, y Vautier sin cuidarse del frío, se lanzó a la calle, pensando en Elena.

Su secretaria, siempre atenta a él, fué la que se dio cuenta del frío que hacía y para evitar que el doctor pudiese sufrir sus efectos, ella misma le subió el cuello del abrigo, diciéndole:

—Tápese, doctor... Hace frío.

Vautier no respondió. Se dejó arreglar por ella y mirando a su se-

secretaria pensó que lo mismo que él sufría por el desamor de Elena, aquella pobre mujer sufriría también al no verse correspondida por él. Era, sin embargo, la única que le había comprendido, la única que había sabido sobrellevar con firmeza la indiferencia amorosa que siempre le había inspirado y sintió una profunda compasión por ella, mezclada de un sentimiento de cariño por la admiración que sabía le profesaba la joven.

Siguieron los dos andando durante un buen trecho, hasta que la secretaria le preguntó:

—¿Debe usted estar muy satisfecho de la operación?... Ha triunfado usted una vez más...

Vautier sonrió. Era verdad, una vez más había triunfado su ciencia, una vez más había salido victorioso de la lucha sostenida con la Muerte para arrancarle una presa que casi la tenía segura... Aquel era su continuo batallar, su continuo combate contra el implacable destino de los demás... Sin embargo, había sido vencido por el amor... Su derrota había sido de las que no dejan lugar a la más leve esperanza. Elena pertenecía en cuerpo y alma a aquel hombre y era inútil cuanto hiciese por poseerla...

—Es verdad—exclamó Vautier, por decir algo—. La operación no

ha estado mal... Algo pesada, pero al fin ha resultado bien.

—¿Y es cierto que no volverá mañana?

—Cierto. Ya no tengo nada que hacer allí, ni me interesa nada tampoco... Estoy resuelto a ello.

—Es mejor—respondió la muchacha—. Así evitará también la murmuración.

—Eso me importa poco—exclamó Vautier—. ¿Por qué impedir que al hablar de mí la gente pueda decir...

Se calló al ver que venían dos hombres en sentido contrario al de ellos y se cogió del brazo de su secretaria, pasando cerca de los viandantes, quienes reconociéndolo inmediatamente, exclamaron:

—¡Toma... es Vautier! ¿Qué hará por las calles, a estas horas, ese viejo canalla?

Y el «viejo canalla», que acababa de salvar la vida a un hombre, iba dispuesto también a salvar la felicidad de otra mujer, que durante mucho tiempo había esperado pacientemente que llegase aquel momento.

Poco a poco los efectos del cloroformo fueron disipándose y Juan fué recobrando el conocimiento.

Vió a un lado de la cama a Elena y al otro a su amigo. Compre-

dió el cariño que los dos le tenían y satisfecho de él los miró durante un rato sin poder articular palabra.

Jaime y Elena le miraban fijamente, hasta que por fin Juan le dijo a su compañero, intentando bromear:

—¡Pobre Jaime!... ¡Ya ves que «partenaire» tienes!

Se volvió a mirar a Elena, y ésta, segura de que había sido la presencia de Vautier la que había causado el accidente, quiso explicarle y le dijo:

—Yo te juro...

El la obligó a callar con la mirada y le respondió cariñosamente:

—Calla, no jures... no jures... te creo... porque te amo...

Jaime indicó a Elena silencio y nuevamente el herido cerró los ojos por la pesadez del cloroformo... Su vida estaba salvada y en adelante una aurora de felicidad aguardaría a los dos amantes, que tanto habían sufrido en aquellas últimas horas de dolor.

FIN.

Ediciones
BIBLIOTECA FILMS
1934-1935

Continúan los éxitos de la temporada que se inicia

PRÓXIMO NÚMERO:

Una de las novelas cumbres de la temporada

¡ O R O !

Una quimera que ni el gran JULIO VERNE había
soñado jamás. Creación insuperable de

Brightie Helm - Hans Albers - Lien Deyers

EN PRENDA:

Otros acontecimientos sensacionales

LA BATALLA

Novela de la más alta emoción.

Annabella - Charles Boyer

LOS MISERABLES

La joya del inmortal VICTOR HUGO.

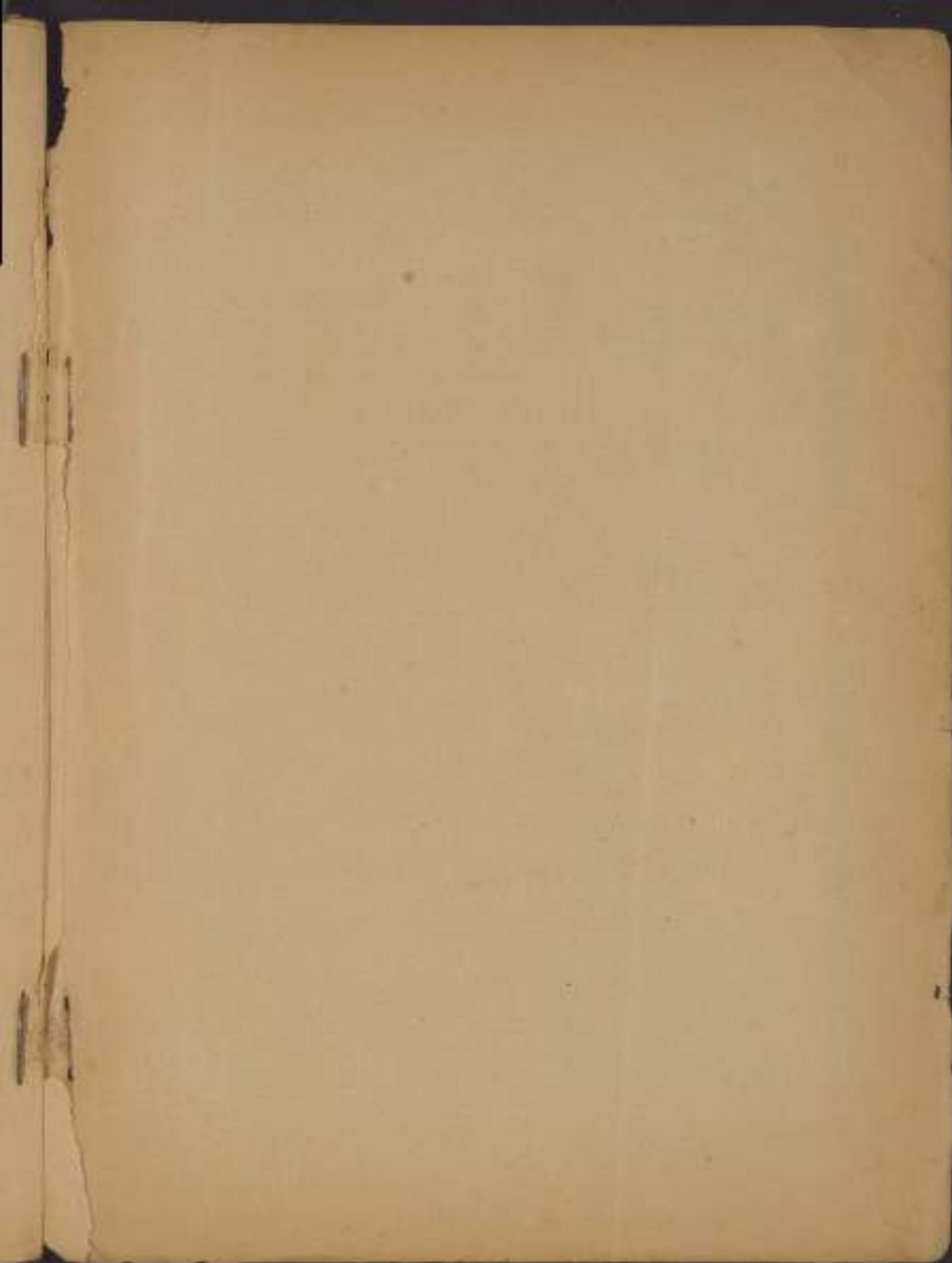
Florelle - Harry Baur - Charles Vanel

EL DESAPARECIDO

Super-producción española. Novela del más alto
interés e intriga. Creación del gran artista

RAMBAL

**INDISCUTIBLEMENTE...
SIEMPRE LO MEJOR**





OIGAN!! OIGAN!!

Pronto aparecerán los

4 almanagues 1935

que todos los
niños leerán

Creaciones del genial caricaturista
WALT DISNEY

MICKEY MOUSE

y su novia

MINNIE MOUSE

LOS TRES CERDITOS

Creaciones del celeberrimo caricaturista
MAX FLEISCHER

BIMBO

BETTY BOOP

Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

— PEDIDOS A —
Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos al correo y colecciones completas, según costo del transporte en aduana de correo. Entregan cinco céntimos para el reembolso. Envíenos gratia.

UNA peseta